

Neurología
(1)

A MIS QUERIDOS PADRES

SR. LUIS MENDIOLA
Y
SRA. MARIA TERRON DE MENDIOLA

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL PROBLEMA
DE PROFILAXIA DE LAS NEUROSIS.

Por el alumno,
LUIS MENDIOLA.

A MI AMADA ESPOSA

SRA. DOLORES BONAGA DE MENDIOLA.



A MIS MAESTROS LOS DRS.

JAVIER IBARRA
LUIS MENDEZ
GASTON MELO
GILDARDO SERRANO
CARLOS DUBLAN
SANTIAGO RAMIREZ

Con mi gratitud y afecto.

AL SR. J. E. RICHARDSON

Respetuosamente

AL SR. OTIS MAC ALLISTER

Con mi aprecio

A MIS AMIGOS

SR. ING. LUIS MURGUIA

SR. JOSE MENA Y SALCIDO

A MIS COMPAÑEROS

-
'GUILLERMO RODRIGUEZ F.
FEDERICO VERGARA
LUIS SUAREZ.

SEÑORES JURADOS:

Tengo el honor de someter a vuestra sabiduría y benevolencia este humilde -- trabajo que representa el fruto de una labor comenzada hace tiempo.

La mayoría de las ideas aquí expuestas no son nuevas; han sido ya expresadas por diversos investigadores de la fenomenología mental. Empero, estimo que no se ha hecho incapié suficiente sobre ciertos puntos de gran importancia que se relacionan con la conservación de la salud individual y colectiva, puntos cuyo conocimiento es indispensable para poder aplicarlos a la práctica.

Uno de los valores que enaltecen la especulación científica es precisamente el provecho que de ella obtiene la humanidad por sus aplicaciones prácticas y toda ciencia que no se concreta en conclusiones que tengan una finalidad pragmática, es, desde el punto de vista humano, social, -- una ciencia muerta.

Si acaso encontráis algún mérito en el presente trabajo no será quizá por la originalidad de las ideas, salvo algunas excepciones, sino porque las he sometido en su mayoría a la experimentación personal y las he encontrado verdaderas.

Esa experimentación me ha llevado también a -- considerar falsos algunos conceptos corrientemente aceptados. Dispensad este atrevimiento, que no se funda en la vanidad, sino en el deseo de -- expresar las propias opiniones, pues no es justo tener que aceptar como verdadera la interpreta-

ción de un fenómeno dado cuando nuestra razón la conceptúa equivocada. Ernesto Renán dijo: "El progreso de la ciencia no puede realizarse si en lugar de tratar de resolver los problemas subsistentes, los suprimimos, los desechamos en nombre de una ciega sumisión a las ideas corrientes."

Réstame solo pedir de vuestra bondad que disculpéis las faltas de que adolezca éste ensayo para darme vuestro voto aprobatorio que recompense, si no el mérito, nulo quizá, sí el esfuerzo desarrollado y la finalidad perseguida.

INTRODUCCION

Es un hecho de observación y de experiencia el conocimiento de las dificultades y aún muchísimas veces de la imposibilidad de la curación de una gran parte, la mayor, de las enfermedades mentales. En efecto, son en gran número las entidades patológicas de la mente que se escapan a los escasos recursos con que actualmente cuenta la terapéutica, debido en gran parte a que los factores diversos y múltiples que constituyen la etiología no han llegado a determinarse aún todos -- con exactitud, quedando muchos de ellos en la penumbra de lo probable y otros en la completa sombra de lo ignorado. Ahora bien, lo vago de la etiología y de la patogenia mentales en muchos de -- sus capítulos trae como consecuencia inmediata -- la incertidumbre del tratamiento y su escasa eficacia.

Algunas enfermedades mentales tienen como punto de partida un proceso orgánico que secundariamente repercute sobre el psiquismo, como la parálisis general progresiva, de la que se ha dicho -- que es la más mental de las enfermedades orgánicas y la más orgánica de las enfermedades mentales. En estos casos no hay vacilación acerca de -- los recursos terapéuticos que poner en práctica -- con relación al origen de la enfermedad, estando todos encaminados a modificar el fondo orgánico por los medios más apropiados que la medicina aconseja; es posible por consecuencia instituir un tratamiento causal. Pero muchas otras perturbaciones tienen su inyección en trastornos de la mente independientemente, cuando menos en un principio, de toda enfermedad orgánica. Son afecciones -- psíquicas primitivas, idiopáticas, ante las cuales precisa recurrir a métodos diferentes de los conocidos por la terapéutica médica, no habiendo pasado estos métodos en su mayoría, el período de -- empirismo precursor de la verdadera ciencia.

No cabe duda que la Psiquiatría ha dado grandes pasos en el progreso del conocimiento de las

enfermedades mentales, paso preliminar para una terapéutica más racional y más efectiva, pero no es menos cierto también que en muchos casos no se encuentra más avanzada que las creencias populares; falta mucho por hacer todavía.

Pero mientras la ciencia va descubriendo paulatinamente los detalles del mecanismo de las alteraciones de la mente, investigando causas, formando cuadros patológicos y ensayando terapéuticas más o menos afortunadas, un problema de vital importancia práctica se plantea al recordar la sabiduría del antiguo aforismo que dice que más vale prevenir que curar. ¿En qué forma y hasta qué punto es posible realizar una verdadera obra de profilaxis mental, dado el estado actual de nuestros conocimientos?

Estando la vida del individuo forzosamente relacionada con la del conjunto social y siendo esta relación posible por la actividad de las facultades psíquicas que capacitan a cada uno para ponerse en contacto con los otros elementos del conglomerado, todo trastorno mental trae como consecuencia la pérdida de la normalidad de esa relación y por consiguiente sus efectos repercuten en la familia y la sociedad, constituyendo todo individuo que lo sufre un verdadero peligro, con mayor razón si se observa que un gran número de tales enfermos pasan como normales y aún pueden llegar a ocupar puestos de grave responsabilidad social con evidente daño de los demás. Por tanto, el problema de profilaxis mental tiene enorme importancia colectiva, importancia que aumenta por los dos motivos siguientes: primero, por que el número de enfermos mentales aumenta día tras día y aunque en parte este fenómeno se debe a que los avances realizados por la Psiquiatría ha permitido que se les descubra mejor, no es menos cierto también que la vida moderna con su actividad inusitada, con la febril lucha por la existencia, con el rápido crecimiento de las ciuda

des que tan lejanas se encuentran de la tranquilidad de los campos, con la repercusión de los -- grandes movimientos sociales entre ellos las revoluciones y las guerras, constituye una grave amenaza para todos los individuos cuya constitución mental está ya predispuesta por múltiples -- causas, a la enfermedad; segundo, por la escasa y a veces ninguna efectividad del tratamiento de los ya enfermos, lo que no deja de ser desconsolador.

Al lado de los grandes enfermos mentales cuyos casos son del resorte de la psiquiatría mayor, de la psiquiatría de manicomio, hay un grupo muy numeroso de pequeños enfermos mentales que no ameritan internamiento especial, que pertenecen a la psiquiatría menor y que el médico se encuentra a cada paso en el ejercicio de su profesión. Cuando se habla de lo numeroso que son los que padecen trastornos de la mente hay que hacer mención de este grupo constituido por pequeños anormales y que viene: a aumentar enormemente la cifra formada por los primeros.

Se ve pues que todo esfuerzo que tienda a resolver el problema de profilaxis mental debe ser tomado en consideración dada la enorme utilidad que para toda la sociedad encierra. Es por esto -- por lo que me he decidido a contribuir con mi -- grano de arena a la solución de tan importante -- asunto y si mi esfuerzo no da todo el beneficio que yo deseo, que me sirva de disculpa la magnitud de las dificultades que por la índole misma del problema tienen que ser numerosas y grandes -- y lo abstruso de la Psiquiatría, ciencia en plena formación con la cual tiene que relacionarse, que si bien cuenta con hechos sólidamente adquiridos tiene todavía mucho que resolver, en muchos puntos no sabiéndose con certeza donde concluyen -- los hechos científicamente comprobados y en donde principia la hipótesis, la especulación y la teoría, que no forzosamente han de ser verdaderas y sería presunción intelectual no exenta de va-

nidad negar que la teoría en voga hoy no pueda-- resultar falsa mañana totalmente ó en algunos de sus aspectos, ya que mientras no esté plenamente-- demostrada y comprobada científicamente por los hechos, es susceptible de resultar equivocada y -- quedar fuera del cuerpo de conocimientos que --- constituye la ciencia. A este respecto el verdade-- ro investigador no se detiene ante la inmovili-- dad de sus propias afirmaciones cuando lo que ha tenido como explicación de los hechos resulta a-- todas luces insuficiente, sino que modifica sus-- primeras concepciones tan pronto como nuevos es-- tudios vienen a demostrar que los fenómenos ob-- servados no lo fueron suficientemente ó que la -- interpretación de ellos no fue correcta. Un ejem-- plo de esta necesaria y valiosa flexibilidad in-- tellectual, tan lejana de la absoluta rigidez dog-- mática que por desgracia con frecuencia ostentan algunos de los elementos del profesorado de nues-- tra querida Universidad Autónoma, a guisa de con-- vicción ó convicciones científicas, anquilosando-- el pensamiento y la investigación en una actitud de intolerancia para las ideas nuevas que se a-- parten un tanto del trillado camino que tantos -- otros han recorrido, un ejemplo, decíamos, nos lo-- da Freud, quien a los sesenta y cinco años de e-- dad empezó a dirigir sus investigaciones por nue-- vos senderos de los hasta entonces por él segui-- dos, continuando su obra con observaciones profun-- das que en parte contradicen sus anteriores afir-- maciones y llegando a conclusiones que modifican parcialmente su propia teoría.

Las dificultades que entraña la realización -- práctica de una obra de profilaxia mental son en verdad muchísimas, originándose la mayoría en que la tarea que implica tiene que ser llevada a ca-- bo individualmente, pues las medidas generales de profilaxia se refieren principalmente al medio -- externo en que el individuo actúa y son de rela-- tiva poca importancia cuando se las compara con--

las que se pueden aplicar al individuo mismo. Esto se hará más claro a medida que prosigamos.

Este problema de profilaxis es muy extenso y su estudio abarca varias fases. En la presente contribución vamos a abordarle desde una de ellas, en nuestro concepto la principal, teniendo en cuenta el papel importantísimo que desempeña la afectividad en la génesis de múltiples trastornos mentales y los conocimientos últimamente adquiridos acerca de la psicología del inconsciente.

DIC 16 1930

Al estudiar la naturaleza interna del hombre - tenemos que considerar tres aspectos fundamentales característicos de los cuales derivan todas las manifestaciones del funcionalismo psíquico. - Estos tres aspectos que constituyen la expresión de las actividades del alma no son separables ni independientes uno de los otros puesto que la psiquis es una unidad y las divisiones que hacemos en ella son hechas con propósito de estudio nada más. Sentir, conocer y querer son las tres fases - que resumen en último análisis las funciones primordiales del alma. El hecho de que estas actividades proceden separadamente de sus tres aspectos, no debe cegarnos creyendo que exista división de ella; toda el alma siente, toda el alma conoce, toda el alma quiere. Ni tampoco las funciones son totalmente separadas; cuando siente también conoce y quiere, cuando conoce también siente y quiere, cuando quiere también siente y conoce. Una función es siempre predominante y en ocasiones hasta tal grado que oscurece por completo las otras; pero hasta en la concentración más intensa del conocer, la más independiente de las tres funciones, siempre hay presentes un sentimiento y un querer latentes, discernibles como presentes por un análisis atento.

El funcionamiento psíquico está íntimamente ligado con el fenómeno de la auto-conciencia ó conciencia de sí mismo, base del concepto del yo. No es fácil esclarecer el concepto fundamental del yo. Ningún hombre puede pensar de sí mismo como no existente. Nadie duda ¿yo soy? ó ¿no soy?. La afirmación de sí mismo, yo soy, se presenta antes que ninguna otra cosa y se halla por encima y fuera de todo argumento. Ninguna prueba puede darle más fuerza, ninguna refutación puede debilitarlo, puesto que tanto la prueba como la refutación implican actividad del yo.

Cuando observamos este "yo soy", vemos que se expresa de tres modos distintos que corresponden a los tres aspectos del funcionalismo psíquico antes enuncionados: por medio de la voluntad, a la cual la acción es inherente; por la respuesta interna de placer ó dolor al contacto externo, el sentimiento, la raíz de la emoción; por la reflexión interna de un no-yo, el conocimiento, base del pensamiento. "Yo quiero", "yo siento", "yo se", son los tres aspectos del yo indivisible, del "yo soy". Todas sus actividades pueden clasificar se bajo uno de estos tres títulos.

El presente trabajo se refiere al aspecto "sentimiento" de las actividades psíquicas.

El fenómeno de la auto-conciencia ha estado sujeto a una constante evolución, paralela con el progreso de la humanidad. La conciencia de sí mismo como individuo, arraigada ya firmemente en el hombre salvaje primitivo, no es exactamente la misma que posee el hombre civilizado contemporáneo; a través de las etapas intermedias entre el primero y el último ha sufrido un proceso de desenvolvimiento paulatino, destacándose y ensanchándose con más vigor a paso y medida que el pensamiento, el sentimiento y la volición humanas alcanzan manifestaciones elevadas y luminosas. La ciencia va logrando por fin el conocimiento, no de la conciencia de la individualidad, sino de la individualidad misma, que sobre pasa con mucho el estrecho campo de los fenómenos conscientes.

Este conocimiento científico siendo obra de la moderna psicología, necesitamos apuntar aunque sea brevemente, el movimiento registrado por los trabajos de Freud.

-II-

Antiguamente, en el campo de la psicología no se diferenciaba con claridad la distinción entre los conceptos de espíritu y alma y con frecuencia los dos términos eran usados indistintamente y aún la moderna terminología llama, de una manera general, contenidos espirituales a los elementos que se encuentran en relación próxima con el mundo de la conciencia, equiparando en muchas ocasiones a aquellos con ésta. Parecía antes una tradición hablar de procesos psíquicos inconscientes, de elementos anímicos que no pertenecían al dominio de la conciencia. Por esa razón la psicología antigua era sobre todo una psicología de lo consciente y esperaba solucionar el problema de los contenidos anímicos inconscientes, el problema de la memoria que guarda por muchísimo tiempo lo no-consciente y que se plantea forzosamente con imperio, con la suposición de que se registran cambios químicos moleculares en las celdillas de los centros cerebrales como huella del recuerdo, hipotética huella que poquísimos intentaron y nadie pudo revelar. No fue si no hasta que Carlos Gustavo Carus, médico y filósofo de las postrimerías del romanticismo, expuso en su obra *Psyche* y aparecida en el año de 1846, el capital concepto de que el alma y la conciencia no tienen igual extensión, sino que aquella excede en mucho a ésta. Dicha importante obra empieza con la siguientes palabras: La clave para el conocimiento de la vida anímica está en la región de la inconsciencia. Expone Carus las relaciones que guardan entre si los fenómenos pertenecientes a la conciencia y los que corresponden a la inconsciencia, estudiando entre éstos los procesos de la actividad orgánica, que se efectúan sin que la conciencia participe lo más mínimo en su desempe-

ño y es el primero en la cultura occidental que reconoce y expone estos hechos.

Freud, ignorando la obra de Carus y no por la especulación filosófica, sino mediante la observación patológica fría, concienzuda y exacta, llegó al reconocimiento de la enorme importancia que desempeña lo inconsciente en el alma, buscando con admirable tesón las relaciones que guardaba con la conciencia, formando con precisión las bases fundamentales para posteriores investigaciones que están dando como fruto la ampliación del primitivo concepto del inconsciente, el cual no fue al principio sino el lugar psíquico en donde se refugiaban los contenidos antes conscientes y luego reprimidos. De esta manera, creó los métodos de una nueva psicología que Bleuler propone llamar "profunda" para indicar que se ocupa de lo que se encuentra en los fondos del alma, métodos que Freud designó, englobándolos, con el nombre de psico-análisis. Ahora bien, esta psicología viene a llenar una necesidad que había dejado pendiente la psicología experimental. En efecto, Fechner que con su psico-física, en el año de 1860 tuvo el criterio dualista de aplicar orientaciones físicas a la interpretación de los fenómenos psíquicos y su contemporáneo Wundt cuya gran erudición e inventiva vinieron a completar la obra del primero, fundaron la dirección experimental de las investigaciones psicológicas. Pero esta psicología experimental está muy lejos de ilustrar y explicar con claridad los procesos más importantes del alma, sino que su objeto es otro, es el aislar y estudiar separadamente los fenómenos más sencillos y elementales dentro del cuadro de lo fisiológico y se desatiende de lo infinitamente cambiante y movido de la vida del espíritu como es en la realidad de la existencia; por eso sus conocimientos son en los especiales detalles que carecen de cohesión armónica del conjunto. Son como los datos anatómicos que

proporciona el estudio de un cadáver ante lo infinitamente más complicado y asombroso de los fenómenos vitales que en él se desarrollaron. Esta deficiencia fue precisamente el origen de la nueva psicología. Examinémosla con detenimiento y veamos qué resultados proporciona.

Ya desde los tiempos de Charcot se sabía que el síntoma histérico es psicógeno, es decir, que es originado por un trastorno mental primitivo y por tanto que no está condicionado en su formación por lesiones orgánicas, sino que es independiente de ellas. Gracias a los trabajos realizados en la escuela de Nancy principalmente por Liébaux y Bernheim, se sabía también que los síntomas mismos se podían reproducir por sugestión con entera fidelidad. Pero se ignoraba el mecanismo íntimo de su aparición, es decir, el porqué y el cómo; las relaciones de causalidad psíquicas no eran conocidas todavía. Hubo algunos que intentaron (y aún hay quien siga el ejemplo) explicar la producción del síntoma por lesiones materiales de los centros nerviosos, que difíciles ó imposibles de ser reveladas por los medios de que dispone la anatomía patológica, fueran las causas de su manifestación. Mas ésta hipótesis resultaba a todas luces insuficiente porque la sintomatología de la histeria si se quiere fundar en lesiones orgánicas, se encontraría llena de imposibilidades anatómicas, como lo demuestran los siguientes ejemplos:

Un hombre padece una ceguera completamente histerica; en el curso del tratamiento recobra la función visual, pero al principio y durante largo tiempo en una forma muy particular. El examen físico y funcional del aparato visual reveló normalidad completa pues no existía lesión del fondo del ojo, ni del nervio óptico, ni del cerebro, no había estrechamiento del campo visual, ni escotomas; la agudeza visual no estaba disminuida y la función cromática era correcta. Sin embargo, el en-

fermo ve todo, menos las cabezas de los hombres; puede ver las cosas, los animales, etc., pero cuando ve hombres los ve sin cabeza.

Una señora que había perdido completamente la audición por un trastorno histérico, solía cantar con frecuencia. En cierta ocasión, mientras la paciente entonaba un trozo de canto, su médico se puso disimuladamente al piano y la acompañó; en la transición de una estrofa a la otra cambió de repente el tono del acompañamiento y la enferma, sin advertirlo, siguió cantando en el nuevo tono.

Así como estos ejemplos se podrían citar otros muchos casos, de afasias sistemáticas y cegueras sistemáticas principalmente, que no pueden explicarse con claridad sino como trastornos psíquicos independientes. Después de un gran número de experiencias y observaciones semejantes, se llegó desde hace tiempo a la conclusión de que no es la vía sensorial la que se haya lesionada, ni los centros, sino que solamente la conciencia del enfermo es la que no ve y no oye. Esta concepción, que tiene un fundamento real en los hechos estudiados y que hasta la fecha no han podido destruir los que piensan de manera distinta, se opone abiertamente a la teoría de la lesión orgánica. Por tanto, si la enfermedad es del alma, vano será poner en juego los recursos de la terapéutica médica que ningún efecto bienhechor pueden tener, que con frecuencia solo están fundados en la acción sugestiva y que en todo caso solo son indignos artificios, puesto que cuando se padece es en el alma y aún en las más profundas y complicadas funciones de ella que casi nadie se atreve a colocar en la esfera de lo orgánico. La curación de tales enfermos tiene que fundarse en otros métodos y seguir orientaciones especiales y el médico necesita con urgencia e imperiosamente conocimientos de psicología si ha de ser útil a esta clase de pacientes.

Claramente se ve también, en consecuencia, que -

si los trastornos que constituyen estas enfermedades son debidos a factores anímicos independientes de toda alteración material, la obra de profilaxia frente a todas las enfermedades mentales que no tienen un fondo orgánico como causa de su aparición, debe enderezarse a suprimir ó modificar esos factores anímicos que las condicionan y determinan.

Se hace indispensable entonces conocer cuales son esos factores y cómo obran. Este conocimiento ha sido realizado en gran parte por el estudio moderno que se ha hecho acerca de las neurosis, principalmente a partir de los años de la guerra europea que proporcionó un abundantísimo material de observación y que contribuyó en esta forma a complementar las investigaciones clínicas que ya con anterioridad habían dado grandes progresos.

Como quiera que los estudios de psiquiatría deben tener un fundamento psicológico para su mejor interpretación y comprensión, vamos a exponer en forma sintética los trabajos científicos de investigación últimamente realizados, haciéndolos preceder de breves datos de psicología expresados en lenguaje sencillo, que aunque se aparte un tanto de la terminología académica, facilitará en cambio la comprensión de estos asuntos al médico general, profano hasta cierto punto en ésta índole de materias. Terminaremos en un tercero y último capítulo con la exposición de las medidas de profilaxia más adecuadas, de acuerdo con lo anteriormente estudiado.

CAPITULO PRIMERO

La mentalidad es la función superior del sistema nervioso. El estudio de esa función es el objeto de la psicología, la cual no es, en suma, sino una rama de la fisiología cerebral, rama que se aparta en sus métodos de investigación de los métodos físicos, lo que le da una individualidad propia, ya que tiene que trabajar con procesos mentales cuya índole íntima aunque desconocida, es completamente distinta en su parte fenomenal, de los procesos físicos.

Así como la patología tiende cada vez más a fundarse en los datos que le proporciona la anatomofisiología normal y patológica, la psiquiatría debe estar fundada, hasta donde es posible, dado el estado actual de nuestros conocimientos, en las aportaciones de la psicofísica normal y patológica. Esto quiere decir que todo fenómeno mental es susceptible de estudiarse desde dos diferentes ángulos ó puntos de vista: el físico y el psíquico. Ahora bien, mientras que el primero puede ser observado desde afuera y por tanto por cualquier individuo, el segundo posee un aspecto íntimo que solamente puede ser estudiado desde adentro y por consiguiente, únicamente por el sujeto. El estudio de todos los procesos mentales es pues doble y el aspecto objetivo y el subjetivo deben complementarse. Así, todo verdadero investigador de la fenomenología mental, tiene que hacer obra de auto-psicología si quiere poseer los dos sentidos que todo proceso psíquico implica. De otra manera, asumiría el papel de una persona que describiera los paisajes del Africa por las narraciones que otros hubieran hecho de sus impresiones, sin que él hubiese estado nunca allá. Sería un conocimiento no directo, sino de segunda mano. Todo psicólogo y por tanto todo psiquiatra, debe conocer un poco su propia alma antes de que pueda, con fruto, conocer su funcionamiento en los demás.

La psicología estudia los procesos mentales. Es tos procesos se combinan formando estados psíquicos complejos que se modifican y suceden con gran rapidez razón por la cual es difícil analizarlos con exactitud en el momento en que aparecen, siendo más fácil hacerlo de una manera retrospectiva.

La manifestación de la actividad mental es muy rica y variada y en algunos aspectos poco conocida. Es difícil establecer un límite claro entre lo normal y lo patológico en el funcionamiento psíquico. ¿Cuándo podemos decir que hay estado de salud psíquica y en qué circunstancias podemos afirmar que ésta se ha alterado?

La salud ha sido descrita, de una manera general, como un estado de equilibrio entre el individuo y el medio ambiente. Ahora bien, este es un estado de equilibrio inestable, puesto que tanto el medio externo como el individuo están sujetos a constantes variaciones. Cuando el medio externo varía, esto repercute inmediatamente sobre el individuo cuya organización y actividades estaban ya adaptadas a las condiciones exteriores que existían antes de ésta variación; de aquí que el equilibrio queda roto y el individuo tiende a modificarse en cierto sentido para volver a estar, por decirlo así, de acuerdo con el medio. Si este cambio no se produce, ó es insuficiente, ó se hace en un sentido impropio, el estado de equilibrio no se recupera y el estado patológico hace su aparición. Este concepto de equilibrio implica lo siguiente: primero, que el individuo está sujeto cuando menos a dos fuerzas (ó más) que obran en sentidos distintos y segundo, que los efectos de estas fuerzas sean de tal naturaleza que en el fenómeno producido ninguna de ellas predomine con mengua de las otras, sino que contribuyan a establecer un estado de armonía que se traduce en una resultante constructiva.

Si ahora consideramos el estado de salud psíquica vemos que también, de una manera análoga, depende de un estado de equilibrio, pero más complejo ya que interviene otro factor: el medio interno. Ya no es solamente un estado de equilibrio entre el individuo y el medio ambiente, es esto, y además un estado de equilibrio del individuo consigo mismo. De manera que ahora tenemos que el equilibrio puede romperse: 1º, por cambios del medio externo que no van acompañados de los cambios individuales necesarios para mantener la armonía pre-establecida; 2º, por cambios individuales totales independientes de modificación de las condiciones externas y que ponen al individuo en conflicto con el medio; y 3º, por conflictos del individuo consigo mismo, estado de desequilibrio interno producido por conflictos del yo. En suma, dos son los equilibrios que pueden perturbarse, el externo, ó sea el que existe entre el individuo y el medio ambiente (social) y el interno, ó sea el de la individualidad. Estos dos estados no son independientes, sino por el contrario, interdependen; así cuando uno de ellos se pierde hay una repercusión en el otro y además, no son tampoco exclusivamente condicionados por factores que pertenezcan al medio ambiente solo ó solo al individuo, sino que se mezclan más ó menos para formar causas complejas. Lo que pasa es que hay predominio de unos ó de otros y así, de una manera general, el origen del trastorno es exógeno ó endógeno.

Se puede pensar que para conservar el equilibrio psíquico cuando amenaza romperse por cambios bruscos del medio externo, se podía remediar el mal colocando al individuo fuera del alcance de esa variación, es decir, conservando las condiciones en las cuales el equilibrio se ha establecido, pero esto equivaldría a un estancamiento de las actividades psíquicas y por consiguiente, a una falta de progreso. Si las condiciones en que

la vida del individuo se desarrolla fuesen invariables, en la hipótesis de que esto fuera posible, el individuo ya no podría adelantar, no habiendo problemas cuya resolución se plantea con imperio y que requieren la más completa e intensa actividad psíquica para su desarrollo. El individuo experimentaría algo así como atrofia, confinado a la rutina de una existencia siempre igual monótona y estéril. Pero debemos observar que poco, muy poco podemos hacer para modificar o conservar, según el caso, las condiciones del medio exterior cuya realización es un fenómeno más bien colectivo y en cambio mucho se puede modificar el medio interno, individual. Dicho en otras palabras, la influencia que desarrollamos es preferentemente sobre nosotros mismos y cuando se ejerce hasta un punto que alcanza al medio externo, es siempre por medio y a través de nuestra individualidad..

Por eso precisamente habíamos dicho que si la importancia de este problema de profilaxis es colectiva, la resolución tiene forzosamente que ser individual, tanto en la tarea que implica como en el fin que persigue. A su vez, el individuo al resolver su propio problema, desarrolla una influencia bienhechora sobre el medio social, pues el hombre no puede considerarse aislado, sino que sus actividades están íntimamente relacionadas con el medio social, forman parte de un todo conexo. Hay una doble corriente de acciones y reacciones entre la unidad y el conjunto, exactamente como la que existe entre cualquier célula y el resto de las que forman los órganos del cuerpo: existe solidaridad funcional entre todas.

Este estudio se refiere a los trastornos del equilibrio interno y la manera de evitarlos. Debemos pues comenzar analizando los factores que intervienen en la conservación de este equilibrio, las causas más frecuentes de las perturbaciones-

de esos estados normales, haciendo un estudio de conjunto, de etiología general.

Para este trabajo de análisis vamos a estudiar de manera preferente el fondo de la personalidad, lo que se esconde debajo de la apariencia de nuestros pensamientos, sentimientos y voliciones. El análisis tiene que ser riguroso y llegar hasta lo más recóndito de nuestra alma para conocer no lo que parecemos ser, sino lo que en realidad somos. Si esto nos lleva al conocimiento de los instintos y de las pasiones siniestras que en nuestra conciencia repudiamos y que subyacen en el fondo de nosotros mismos en el amparo de las sombras, habremos dado el primer paso absolutamente indispensable para el conocimiento de nosotros mismos, base de una más amplia, más completa y mejor comprensión del sentido íntimo de la vida y por consiguiente, de una aplicación más efectiva de nuestros recursos psíquicos, encaminados a un mejoramiento y fortalecimiento mental que alejen los peligros del desequilibrio interno por conflictos del yo, es decir, por la lucha entre el yo que desea y quiere en una dirección y el instinto subconsciente que en desacuerdo con aquel actúa. Es, como dice C.G. Jung, una ventaja evidente en todos sentidos estar en plena posesión de la propia personalidad; pues de lo contrario nos exponemos al asalto de elementos anímicos desconocidos que nos atacan no en los puntos menos esenciales, sino en los más sensibles.

Desde tiempo inmemorial el hombre oculta sus propios defectos a la vista de los demás, con lo cual cree ganarse la admiración, el aplauso y la confianza de otros, para propio provecho. Hemos aprendido a hacer esto con perfección. Si nos encontramos con alguien, generalmente decimos que nos alegramos de verle y que le deseamos salud y prosperidad, aparentando que sus penas nos afligen, y cuántas veces un verdadero estado de indiferencia ó un sentimiento de aversión, de envi-

dia, de orgullo, de cólera reprimida se oculta -- tras de estas frases que todo pueden expresar, me nos el estado de ánimo de quien las pronuncia. Es te hecho sencillo y al parecer banal nos revela toda la importancia que en nuestra vida desempeña el hábito de ocultar nuestros verdaderos sentimientos. Estamos tan acostumbrados a ocultarnos en el engaño que aún llegamos a engañarnos nosotros mismos y cuando experimentamos algún sentimiento, por poco que nos parezca indigno, tratamos inmediatamente de disfrazarlo bajo apariencias -- menos censurables. ¿A donde puede conducirnos una conducta tal? Solo al falseamiento de los hechos, al engaño de nosotros mismos y al desconocimiento de nuestro interno. Si a esto agregamos la tendencia también generalizada de aparentar ser mejor de lo que en realidad se es, pues así como tratamos de ocultar lo que nos parece malo, hacemos aparecer nuestras cualidades deformadas por una estimación exagerada muchas veces inconsciente, vemos que el resultado de todo ello es la producción de una personalidad social deformada que no corresponde a la realidad interna. Si pues se hace necesario conocer la intimidad de nosotros mismos, una actitud es indispensable: el ser veraz, aunque de esta manera lleguemos al conocimiento de amargas realidades. Tenemos que despojarnos de esa arraigada tendencia al engaño, a ocultar nuestros pensamientos y sentimientos, a disfrazar --- nuestros actos con la máscara de fines aparentes que no son en realidad los que anhelamos y considerarnos friamente, sercamente.

Hagamos una distinción pues que ya se hace necesaria entre personalidad e individualidad. La primera es la proyección de la segunda en la vida social, reprimida, modificada, deformada y que no corresponde a la realidad; es el efecto que pretendemos dar a los demás, es un espejismo falso de lo que en realidad somos.

La individualidad es en cambio la parte escen-

cial de nuestro ser, parte interna donde se generan los verdaderos motivos de nuestros actos. Es nuestra alma al desnudo.

Podemos comparar nuestra alma a una vasta región que se encuentra en la obscuridad y que por tanto no podemos ver, excepción hecha de una pequeña porción que está iluminada por un foco de luz (la conciencia). Ahora bien, de esas regiones oscuras pueden pasar al pequeño campo iluminado procesos de diversa índole que al recibir los rayos luminosos destacan su forma (se hacen conscientes). Este paso no es casual, sino que está regido por leyes precisas.

La atención es la luz que ilumina la conciencia. Podemos estar tan absortos en una tarea, que aunque nuestros ojos registren normalmente los objetos que se encuentren en nuestro campo visual y nuestros oídos capten las ondas sonoras audibles de la cercanía, estas impresiones no sean conscientes. Basta que giremos la atención enfocándola hacia esas impresiones, para que ipso facto éstas se registren con toda claridad en la conciencia; la atención las iluminó para que pudieran destacarse. En cierto sentido, la atención es conciencia, por cuanto a que lo que no observamos con atención pasa desapercibido, como si no existiera.

Es tan importante el papel que desempeña la atención en los procesos de la conciencia, que el desarrollo mental, principalmente en su fase intelectual va paralelo al de la atención hasta tal punto, que toda la clasificación de los oligofrénicos se basa precisamente en ella. Los que tienen la atención nula, son idiotas; los que la tienen muy débil y muy inestable, imbéciles; y los que la poseen, pueden fijarla pero nada más por breve tiempo pues se fatiga rápidamente, son los débiles mentales.

Se ha definido la atención diciendo que es un proceso de monoideísmo intelectual acompañado de

cierta expresión física consistente en manifestaciones orgánicas determinadas, como la contracción de los músculos de la fisonomía, principalmente del frontal, la fijeza de la mirada, etc.

Señala Ribot que si el proceso de monoidéismo no va acompañado de las manifestaciones orgánicas, no quedaría nada de la atención y algunos estiman, con Darwin, que la intensidad de la atención puede ser medida de acuerdo con el grado de contracción de los músculos de la fisonomía.

Estimo que esto es exagerado y que la definición no es exacta. En efecto, se ha confundido la atención, que es una función psíquica que consiste en la adaptación de un estado de conciencia a un estímulo, con el objeto de la atención.

En cierta ocasión fui a visitar a un amigo mio que trabajaba en una gran fábrica donde el ruido de la maquinaria y el producido por el continuo martilleo sobre innumerables yunques era verdaderamente ensordecedor. Entre aquel ruido trataba yo vanamente de escuchar con la mayor atención las palabras que me dirigía, observando atentamente hasta los movimientos de su boca; hacía un notable esfuerzo por oír lo que me decía, sin conseguirlo. Que estaba yo atento, no cabía duda. Ahora bien, no había ningún proceso de monoidéismo intelectual durante el tiempo que duraba la atención. Se trataba evidentemente de un estado psíquico provocado por auto-conducción mental y que producía ó determinaba una mayor receptibilidad de la conciencia en una determinada dirección.

La atención y la receptibilidad de la conciencia son dos cosas paralelas y aquella no es sino el proceso mediante el cual esta se produce. Este proceso implica la suspensión del mecanismo psíquico para poder dirigir la actividad mental únicamente en una dirección determinada. Así se explica que si estoy leyendo con atención un asunto, no oiga lo que me dicen a pesar de que mi oído esté íntegro, física y funcionalmente, porque-

las impresiones auditivas recogidas por él alcanzan la conciencia cuando el mecanismo de ella se encuentra en suspenso, toda su actividad receptiva estando dirigida en una sola dirección, que en este caso particular es la lectura. Así, no hay que confundir el objeto sobre el cual se dirige la atención, con la atención misma. Si una idea es el objeto, entonces sí es un proceso de monoidéismo; pero si es una cosa, el proceso es un registro de senso-percepciones; si es un recuerdo, un registro de imágenes.

Además, puede también determinarse el estado psíquico de atención independientemente del objeto que le sirve de estímulo y el cual determina la dirección del funcionalismo consciente receptivo.

Todo aquel que por experiencia esté familiarizado con la técnica psíquica del desarrollo de la atención y de su fijeza, comprenderá perfectamente que es posible provocar un estado de intensa atención sin estímulo u objeto sobre el cual fijarla y por tanto la suspensión del funcionamiento psíquico de receptibilidad consciente en todas direcciones menos en una, que por este hecho se torna la única vía de conducción de impresiones. Son estados mentales de hiper-receptibilidad unilateral de la conciencia, como los conocidos por Eckart, que los describe como estados sin imagen, sin representación, estados que desempeñan un importante papel en los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola, verdadero psicólogo fundador de la orden de los jesuitas, estados que Rudolf Steiner, en sus ejercicios, designa con el nombre de "conciencia vacía" y que son susceptibles de provocarse mediante una técnica de disciplina de la atención. En estos estados pueden afluir a la conciencia, que se torna hiper-receptiva en un solo sentido, contenidos anímicos de las capas más profundas del alma.

Por otra parte, la expresión física de la aten-

ción no tiene toda la importancia que le daba Ribot al decir que si se suprime, nada queda de ella. En realidad los fenómenos orgánicos que acompañan a la atención no son sino la proyección de un estado mental sobre el organismo físico, expresión exterior de un estado interno. Ya hemos hablado sobre la correlación que hay entre los fenómenos mentales y los físicos en la página trece.

Podemos pues intentar una definición de la atención diciendo que es el proceso mental que consiste en enfocar la receptibilidad de la conciencia en una dirección determinada. Para mejor comprensión de este asunto pongamos el siguiente ejemplo: estamos en un espacioso salón en que se encuentran infinidad de objetos. Este salón está en la semi-obscuridad, pues solamente disponemos de cierta cantidad de luz que nos proporciona un foco, lo que nos permite ver únicamente los objetos cercanos a él, pero que es insuficiente para que percibamos con distinción cosas que se encuentran más lejos y todavía más las que se hallan en los rincones del espacioso salón. ¿De que manera podremos ver lo que ahora está en la sombra? Recogiendo la luz dispersa en todos sentidos, por un mecanismo de reflectores que la dirigen en una sola dirección, a un solo punto, el cual quedará tan fuertemente iluminado que lo podremos observar con toda precisión hasta en sus detalles más nimios; pero al llevar la luz así recogida en una sola dirección determinada, dejamos de ver los objetos que antes alumbraba y que ahora quedan a su vez en la obscuridad. Esto es lo que hace la atención.

Diremos además que hay dos clases ó tipos de atención: la que se dirige más fácilmente al exterior que hacia el interior y la que por el contrario se dirige al interior con más facilidad. La primera será llamada atención extrospectiva y la otra, introspectiva.

La atención puede ser, además, espontánea ó voluntaria.

El estudio y la exacta comprensión del proceso mental de la atención es de enorme importancia - tanto para el psicólogo como para el psiquiatra, pues todo el funcionalismo de la conciencia está estrechamente ligado con el de aquella. Las alteraciones primitivas de la una ó de la otra tienen una forzoza repercusión recíproca. Todo trastorno de la atención trae por consecuencia trastornos de los fenómenos de la conciencia, e inversamente, los procesos conscientes patológicos van acompañados de perturbaciones más ó menos notables de la atención. La patología de la atención es un capítulo abierto a las investigaciones científicas que hasta la fecha casi nada han realizado de verdadero valor, quizá debido en gran parte al concepto de que la atención es un proceso de monóideísmo acompañado de cierta expresión física.

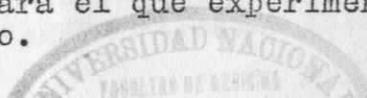
El estrechamiento del campo de la conciencia existe siempre con hipoprosexia espontánea, voluntaria ó total. Esto es muy conocido. Pero en cambio, poco se ha estudiado el fenómeno inverso, de aumento del campo consciente por arriba de lo normal y que por consecuencia se sale enteramente del tipo medio conceptuado como fisiológico. Por un desarrollo y aumento de la atención total es posible explorar en una forma mejor, más amplia y más exacta la fenomenología consciente y por tanto, extender los límites del campo de la conciencia mucho más allá de lo que se toma como normal.

Hay otro punto también muy interesante en el estudio de la atención y es la relación que hay entre ésta y la alucinación. Aunque sea brevemente y a pesar de que quede al margen del objeto de este trabajo, nos vemos tentados de decir algo a este respecto al considerar el gran número de enfermos que padecen alucinaciones y que quedan

catalogados entre los incurables.

Es curioso observar que la mayoría de las investigaciones acerca de la alucinación se hayan hecho desde un punto puramente objetivo, externo, sin duda más fácil y más asequible a la exploración desde afuera, pero que poco se haya hecho ó intentado hacer subjetivamente, es decir, por propia experiencia personal.

Cuando tenemos delante un enfermo que se queja de alucinaciones auditivas diferenciadas, de fonemas, todos estamos acordes en decir que las percepciones fonéticas que recibe el paciente son falsas porque no corresponden a ningún fenómeno objetivo que nosotros podamos comprobar. Y estaremos en lo justo; la percepción es falsa, falsa para todos..... menos para el enfermo. Para él es algo absolutamente real, porque es un fenómeno de conciencia. Podremos demostrarle teóricamente, con una sana lógica de razonamientos contundentes -- que es una falsa percepción, pero aún cuando el enfermo tenga una vasta cultura, una inteligencia desarrollada y una razón despejada y abierta, no aceptará que tildemos de falsa una cosa que tiene el testimonio preciso e irrefutable de su propia conciencia. Piensa, siente y obra de acuerdo con los datos suministrados por su conciencia, -- exactamente como lo hacemos nosotros. ¿Hay un error en él juicio y razonamientos de un paciente tal? No. Lo que nosotros tomamos como error no radica en la razón, que puede estar intacta, sino en los elementos que la percepción le proporciona. Si a alguno de nosotros se le presentara al borde de sus pies un abismo con todos los datos de absoluta realidad que su conciencia le da, no caminaría un paso adelante aún cuando a los demás les constara que tal abismo no existía y probablemente serían vanos los esfuerzos que tenderían al convencimiento de la verdad; porque sería verdad para todos menos para el que experimentara la impresión del abismo.



Este sentido de realidad acompaña siempre a los fenómenos de conciencia. Ahora bien, la alucinación no es una sensación falsa, puesto que la sensación pura no existe psicológicamente, sino que es una percepción, es decir, un fenómeno de conciencia. Este es el punto principal.

Todos los fenómenos conscientes son susceptibles de recibir la influencia de la atención, la cual tiene un doble efecto sobre ellos, haciendo que uno de entre todos ellos se destaque con vigor, por una parte y por la otra, esfumando, borrando, debilitando los procesos restantes. Poníamos por ejemplo el caso de que cuando se está sumamente atento al desempeño de una tarea, es cosa frecuente no oír cuando le hablan a uno, ni ver otra cosa que la labor que se ejecuta. Definíamos la atención como el proceso mental de enfocar la receptibilidad de la conciencia en una sola dirección determinada. Salta a la vista por consecuencia que la disciplina de la atención es un recurso terapéutico valioso, cuando se puede lograr que por un esfuerzo de voluntad el enfermo no atienda a la falsa percepción, sino a otra cosa distinta que le proporcione percepciones que correspondan a un objeto real.

Al hacer el estudio psico-patológico de la alucinación, se ha dicho por algunos autores que es un fenómeno de déficit, un debilitamiento de la conciencia. Esto es verdad pero solo parcialmente.

Por lo que llevamos dicho se comprenderá sin dificultad que junto con el debilitamiento de la conciencia hay correlativamente una disminución de la atención. ¿Cómo explicar entonces el hecho de que el alucinado es perfectamente capaz de enfocar su atención y fijarla sobre la alucinación, aún muchas veces contra su voluntad? Aquí está precisamente la explicación. En efecto, el alucinado tiene hipoprosexia voluntaria, que es el fenómeno de déficit ya anotado, pero al mismo tiempo

padece hiperprosexia espontánea introspectiva. Dicho en otras palabras: ha perdido el poder voluntario de dirigir su atención toda, reconcentrándola, en una dirección distinta de la alucinación, estando la atención espontánea, pasiva, fijada automáticamente y con gran fuerza sobre la falsa percepción. De manera que si el alucinado es capaz de comprender el mecanismo mediante el cual obra la atención y es capaz de disciplinarla por un esfuerzo de su voluntad, habrá dado el paso más importante para su curación.

Si nos hemos detenido analizando el proceso de la atención es porque este estudio es muy valioso, ya que de él deriva una mejor aplicación práctica cuando se conoce su psico-funcionalismo. Es en verdad la atención el instrumento psíquico de exploración mental por excelencia que nos lleva al conocimiento de nosotros mismos, de nuestro interior y aunque su acción se circunscribe al campo consciente, no debe olvidarse la estrecha e íntima relación que existe entre él y la esfera inconsciente.

Por eso la psicología de lo inconsciente es una región de tan difícil acceso. Nadie puede observar directamente un solo proceso anímico inconsciente como tal, ya que cuando el proceso cae en el dominio de la atención es entonces cuando se encuentra en el campo de la conciencia. Lo inconsciente no puede ser investigado sino por sus efectos, de manera preferente en la propia introspección anímica; puede ser sorprendido en cierto modo en el momento en que lo inconsciente se transforma en consciente ó en el momento de tener manifestación externa. Pero de cualquier modo, la atención es indispensable para observar con éxito el proceso. Es importante conocer que entre la vida anímica consciente y las capas inconscientes existe un constante cambio de influencias. Incesantemente van de la conciencia a lo

inconsciente impresiones, imágenes, recuerdos, experiencias y deseos; y de manera análoga, asciende de lo inconsciente a la conciencia, recuerdos, inclinaciones, anhelos. Toda nuestra existencia consciente está así atravesada por la intervención de contenidos inconscientes tanto en la esfera del pensamiento, como en la de la emotividad y en la de la acción.

En forma esquemática pueden considerarse dos aspectos fundamentales al psiquismo total, uno superior y relacionado preferentemente con la esfera de la conciencia y otro inferior perteneciente al fondo psíquico subconsciente. Debemos hacer notar que hay cierta clase de fenómenos pertenecientes al psiquismo superior y que no corresponden en rigor a la limitada esfera de lo consciente, sino que siendo inconscientes no pueden catalogarse tampoco entre los subconscientes; son más bien procesos distintos que forman una categoría especial y que pueden englobarse en un grupo de fenómenos superconscientes.

La mentalidad superior está formada por las instancias psíquicas de orden trascendente: la atención voluntaria introspectiva, la memoria de evocación voluntaria, la ideación abstracta, la imaginación creadora, el juicio y el razonamiento, en la esfera intelectual; en la esfera del sentimiento, la emotividad consciente; y en la de la voluntad, la voluntad razonada, es decir, la que existe cuando se ejecuta un acto independientemente, con conocimiento de causa, intencionalmente y anticipando los resultados de la acción. Al funcionamiento de esta mentalidad están ligados el conocimiento del yo como fenómeno de auto-conciencia, el sentido de responsabilidad personal y el complejo moral.

La mentalidad inferior es la herencia ancestral del hombre de etapas inferiores a la humana en la escala ascendente de la evolución biológica.

ca. Es el psiquismo inferior, que comparte con el animal. A la inteligencia, al sentimiento y a la voluntad de la mentalidad superior, humana, esencialmente, corresponden en esta capa del psiquismo el instinto, la emotividad subconsciente, de naturaleza emocional y el impulso. Vamos brevemente a considerarlos.

El funcionamiento instintivo es absolutamente indispensable para la conservación de la vida y su desarrollo y progreso. En efecto, tanto la existencia del individuo como la de la especie dependen de la actividad de los instintos. Tres son los principales instintos: el de conservación individual, el de conservación de la especie (sexual) y el de lucha y poderío. El funcionamiento instintivo se caracteriza por la violencia con que actúa ante una situación determinada ó ante un excitante externo que lo ponga en juego. La respuesta es rápida y total y resume toda la actividad del individuo encaminada a un solo fin, mediante el desencadenamiento de una serie de impulsos irresistibles.

El mecanismo del instinto de conservación individual obra sobre todo bajo dos formas: la tempestad de movimientos y el reflejo de inmovilización. Si un infusorio se aproxima nadando a una zona de agua caliente, reacciona con una superproducción de vivos movimientos, que persisten hasta que, a consecuencia de uno de ellos, logra salir de la zona peligrosa. Si una abeja ó un pájaro quedan presos en una habitación, desarrollarán un vuelo tumultuoso, agitado, sin plan aparente, hasta que una de tantas direcciones del vuelo instintivo los conduzca casualmente a una salida y al aire libre, donde recobrarán su vuelo tranquilo. La tempestad de movimientos es pues una reacción instintiva típica del ser vivo ante situaciones amenazadoras que constituyen un peligro para su vida.

Otro extenso círculo de actos instintivos de defensa se agrupa alrededor del reflejo de inmovilización. Babak, que ha hecho muchas investigaciones sobre peces (Callichthys, Corydoras y Anabas scadens), describe el fenómeno como sigue: Cuando el animal, hallándose en su medio natural, es asustado, cambia casi instantáneamente de color, pasando del negro al blanquecino ó rojizo, mueve rápidamente sus aletas natatorias torácicas y en lugar de nadar se dobla sobre uno de sus lados y durante largo tiempo permanece rígido en esta posición. El pez puede permanecer inmóvil un cuarto de hora ó más. No es posible despertarlo pronto, ni moviendo rápidamente la mano frente a los ojos, ni haciéndole sombra, ni tocándolo ligeramente. Con frecuencia es necesario agitar intensamente al animal para que salga de ese estado y comience entonces a nadar con su habitual normalidad. Pero el pez vuelve, de vez en cuando y por decirlo así, espontáneamente, a caer en ese estado hipnoide; y otras tantas veces son precisos intensos estímulos para despertarlo.

Bajo condiciones que implican intensos estímulos al instinto de conservación individual, se observa en la biología humana tanto la tempestad de movimientos como el reflejo de inmovilización, por ejemplo en el pánico. Estos estímulos intensos que producen fuertes emociones, paralizan instantáneamente las funciones psíquicas superiores y en su lugar entran en actividad, automáticamente la tempestad de movimientos ó el reflejo de inmovilización. Una muchedumbre, ante la catástrofe de un temblor de tierra, procede exactamente como el pájaro prisionero. Preséntase una tempestad de hiperquinesias como gritos, temblor, convulsiones, carreras. Si entre todos los movimientos hay uno que casualmente libra al sujeto de la proximidad de la casa derrumbada, entonces renace la calma. La tempestad de movimientos, como en el-

infusorio y en el pájaro, ha alcanzado su objeto. El ataque histérico es un magnífico ejemplo de la atávica tempestad de movimientos, pues desencadena hiperquinesias variadas, crisis afectivas -- tempestuosas, fugas crepusculares, paroxismos convulsivos y de temblor, en suma, una serie de movimientos reflejos, voluntarios y expresivos. En cuanto al reflejo de inmovilización, observamos en el hombre espléndidas rigideces motoras y estados de estupor como consecuencia aguda de la acción del pánico. Refiere Stierlin, respecto del terremoto de Messina, el caso siguiente: una mujer permaneció por espacio de tres días, muda e inmóvil en su lecho, en un tercer piso, aunque hubiese sido fácil poderla salvar; entre tanto su hijo -- murió. Con igual frecuencia se observa en la histeria y en las reacciones agudas de pánico, el estado crepuscular junto con el estupor. Este estado crepuscular constituye, con ó sin simultáneas formas motoras, el lado sensorial del reflejo de inmovilización: oclusión a los estímulos externos físicos y psíquicos, estados de conciencia hipnoides que tienen como fin proteger al individuo contra la acción traumatizante del choque emotivo.

El instinto sexual y el de poderío desempeñan igualmente un importantísimo papel en la vida del individuo, uno en relación con la conservación de la especie y el otro con el mejoramiento individual. La teoría freudiana y la de Adler, se basan precisamente en el enorme interés que ambos instintos representan dentro de las actividades psíquicas .

Otra fase del fondo mental instintivo está constituida por la emotividad subconsciente y la acción impulsiva. La acción impulsiva puede compararse al reflejo nervioso; es automática en su funcionamiento y puede llamarse reflejo psíquico. En el acto reflejo hay dos vías y un excitante, además de una acción responsiva. Un estímulo

adecuado produce una acción excitante sobre la vía centripeta de conducción la cual recorre hasta el centro nervioso; en este lugar se elabora la respuesta que enseguida pasa a la vía centrífuga ó motora; así se constituye el arco reflejo, que es una verdadera vía corta.

De manera análoga, para que el acto impulsivo se manifieste, es menester un estímulo de la emotividad subconsciente que siguiendo un camino ~~ee~~ corto, eludiendo la fiscalización del intelecto, genere la acción, la cual por este motivo, es impulso. Cuando por alguna circunstancia el camino recorrido por la excitación se desvía y sigue un trayecto más largo pasando por el intelecto, el arco reflejo queda roto y el acto que constituye la respuesta a la excitación no siempre se efectúa en su forma primordial, sino que sufre modificaciones más ó menos importantes antes de realizarse. De esta manera, el intelecto ejerce sobre la respuesta primordial un papel de control del acto. Si analizamos el fenómeno más de cerca, observamos que en realidad aunque la respuesta no llegue a mostrarse objetivamente, ya existe a partir del momento en que el centro de conversión ha efectuado el cambio de energía centripeta ó sensitiva en energía centrífuga, motora ó de acción. El hecho de que el acto no llegue a realizarse no significa que no haya habido respuesta, sino que ésta se ha modificado ó neutralizado en virtud de otro proceso mental que la modifica ó refrena.

Nosotros no podemos en verdad impedir que las emociones, por ejemplo el miedo, se formen, pero sí podemos controlarlas una vez que han aparecido. Este control lo podemos llevar hasta los límites del centro psíquico de conversión. No podemos evitar que un excitante ó estímulo, recorriendo la vía centripeta de sensibilidad psíquica, nos impresione; esto está fuera de nuestro control. Pero

si podemos modificar la respuesta a la excitación a partir del momento de su paso por el centro de conversión, e impedir su manifestación responsiva primordial ó desviarla.

Debemos hacer constar que muchas expresiones-- que acabamos de emplear , como la de centro psí-- quico de conversión, vía centripeta de sensibilidad psíquica, etc, solo corresponden a imágenes, -- analogías ó ficciones de que nos hemos servido-- con el único fin de hacer más clara la idea que-- deseamos expresar, pues todo el que trata de asuntos de psicología tiene que valerse de este me-- dio para mejor comprensión del que lee. Así, se no tarán estos recursos de expresión en varias par-- tes del presente trabajo.

A la acción del estímulo corresponde pues una-- reacción ó respuesta. Pero esta reacción puede no manifestarse inmediatamente hasta agotar su ener-- gía, ó puede dejar también una tendencia, una in-- clinación, de tal manera que la impresión produci-- da por el excitante puede quedar latente en la -- subconciencia y producir reacciones responsivas-- mucho tiempo después. Cuando una de estas reaccio-- nes tardías se manifiesta es muy difícil relacio-- narla con la causa excitante en virtud del tiem-- po transcurrido. Un ejemplo de ello lo tenemos en las asociaciones catatímicas: una joven siente un horror indescriptible por un perfume determinado y no se explica este horror. Buscando e investi-- gando su pasado, se llegó a saber que hacía va-- rios años fue víctima de un ataque incestuoso -- por parte de su padre, el cual llevaba ese perfu-- me cuando cometió el atentado.

Es un hecho real comprobado por muy numerosas-- observaciones, que los estados afectivos se aso-- cian a los estímulos que los han determinado y -- que esta asociación puede perdurar largo tiempo. Esta unión además puede extenderse no solamente--

a los estímulos, sino también a procesos mentales intelectuales y volitivos. Esto quiere decir que los actos y los pensamientos quedan unidos a determinados estados afectivos y que siempre que alguno de los tres factores psíquicos se presenta, es susceptible de determinar la presencia con comitante de los otros dos, si el nexo que los une es de alguna fuerza. La asociación psíquica es más general de lo que se cree.

No siempre la asociación se establece entre estímulos y estados afectivos de disgusto, horror, odio, etc., sino que puede hacerse igualmente con estados de alegría, placer, euforia, etc. Muchos de nuestros gustos y aversiones pueden tener un antecedente que permanece en la inconsciencia y por tanto que no podemos explicarnos. Lo importante de esto es que lo que ocurre al azar, puede establecerse premeditadamente, con conocimiento y derivar por tanto mucha utilidad sobre todo desde el punto de vista educacional, ya que es posible formar una relación determinada de antemano entre la emotividad y los factores psíquicos pensamiento y acción, así como con los estímulos externos, asociándolos. Ahora bien, para que el nexo que los une adquiera fuerza, es menester repetir la asociación suficiente número de veces, hasta formar un hábito psíquico.

Todo hábito, para formarse, necesita de un hecho primordial que se repite constantemente, al principio con esfuerzo por parte del individuo, hasta que llega a hacerse con facilidad, sin necesitar ya la atención voluntaria y activa, porque se desempeña subconscientemente.

Si todo lo que tuviésemos que hacer implicara siempre el mismo esfuerzo, la misma atención, el mismo gasto de energía y el mismo tiempo, la conciencia estaría siempre ocupada en el desempeño de los mil y un procesos banales de la vida diaria y sería incapaz de ejecutar labor más fructí

fera y útil. Por fortuna, cuando un mismo proceso mental que requiera atención se repite suficiente número de veces, el desempeño consciente de él no se hace ya necesario, pues poco a poco va adquiriendo automatismo, formándose un aparato subconsciente que ejecuta el trabajo antes hecho -- por la conciencia. Se puede de ésta manera desempeñar varias cosas a un mismo tiempo, por ejemplo tocar el piano y atender una conversación.

Esta tendencia al automatismo de los procesos mentales es general, no únicamente de la esfera intelectual, sino también de la emotiva y volitiva; se pueden constituir hábitos emotivos y volitivos de la misma manera que intelectuales. Mejor dicho, no es que el hábito sea intelectual, ó emotivo etc. sino que el proceso que se ha hecho automático por la fuerza de la repetición, fué en un principio de naturaleza intelectual, ó emotiva ó volitiva.

El que piensa en un sentido, cada vez que dirige su pensamiento nuevamente en esta dirección, le es más fácil el desempeño de su labor intelectual y menos esfuerzo requiere. Así mismo sucede con el que reacciona emotivamente con determinado estado y con el que ejecuta un acto ó un impulso. Cada proceso psíquico determina cuando se repite, una línea de menor resistencia a la cual puede dirigirse la energía mental en ocasiones posteriores con un ahorro considerable, con un gasto menor.

Una gran parte de nuestra idiosincracia psíquica es debida a que la energía mental sigue la línea que menor resistencia le ofrece, y ésta menor resistencia se determina por la repetición de un proceso que con anterioridad ha seguido la misma dirección, la misma vía, en un principio con dificultad, pero paulatinamente con esfuerzo cada vez menor. Nosotros pensamos como pensamos, sentimos como sentimos y actuamos como actuamos, en gran--

parte porque se han establecido en nosotros sendas de menor resistencia mental por repetición de una misma serie de procesos anímicos, tanto en la esfera intelectual, como en la emotiva y volitiva. Si yo he cedido al impulso de la cólera por una situación externa enojosa, será cada vez más fácil que me encolerice cuando la misma situación se presente, e iré perdiendo cada vez más el control sobre ésta emoción a paso y medida que se repita, hasta que este modo de reacción constituya un hábito y se convierta por tanto en un rasgo peculiar de mi psiquismo. Si mis pensamientos son pesimistas, me será cada vez más fácil tenerlos y mayor esfuerzo tendré que desplegar para no pensar en esa forma. Lo mismo sucederá con una labor, más fácil será su desempeño mientras mayor número de veces se haga. Se ve pues que son en gran parte nuestros hábitos los que determinan la línea de conducta ó acción que se sigue en respuesta a los estímulos.

CAPITULO II.

Sucede que en muchas ocasiones las observaciones y experiencias realizadas por un investigador y que forman una doctrina ó una teoría, no son, aunque a primera vista y a un examen ligero lo parezcan, irreconciliables con las doctrinas y teorías expuestas por otros, sino que en el fondo tienen puntos de contacto unas con otras y abarcan cada una por su parte un aspecto de la verdad fundamental, una visión parcial de ella, que es el resultado de la investigación dirigida por las líneas personales que cada uno le imprime a sus estudios. En verdad que el que se fija más en las ideas expresadas y menos en la terminología empleada y sabe leer el significativo fondo de la idea más que la letra que la expresa, comprende con facilidad que la verdad no es patrimonio de ninguno con exclusión de los demás, sino que la visión total de ella solo se obtiene a través de una especie de síntesis que engloba todos los conocimientos parciales adquiridos por cada uno de los investigadores en particular. Para el científico personalista claro está que la teoría por él expuesta es la verdadera, pues su educación y disciplina intelectuales, sus conocimientos, implican una manera particular de ver las cosas y determinan las líneas por las cuales sus estudios se han realizado y esos mismos senderos que él ha escogido en sus investigaciones, le impiden ver los que otros han seguido; de aquí que sinceramente crea que los otros se han equivocado y que solamente sus conclusiones son exactas. Esto es muy humano dada la imposibilidad de abarcar al mismo tiempo absolutamente todas las numerosas facetas que un fenómeno encierra. Por tanto, la ciencia se va formando con los esfuerzos realizados por cada uno, que individualmente ofrece un aspecto parcial del fenómeno de acuer-

do con el punto de vista en que su personalidad lo coloca para juzgar.

En conformidad con lo anterior, creemos que todos los investigadores de las neurosis, principalmente en lo que a la histeria se refiere, han llegado a un conocimiento parcial, incompleto en mayor ó menor grado desde su punto de vista individual, particular de cada uno y han querido derivar de sus estudios personales conclusiones absolutas y rígidas. Aquí está el error, según se comprenderá después de un estudio de conjunto de esas conclusiones.

El instinto de conservación individual es uno de los primeros y más poderosos que dominan los actos externos de la vida. Se puede decir con razón que una gran parte de las actividades biológicas pueden quedar comprendidas dentro del cuadro instintivo de la conservación del ser.

La conservación de la vida individual, absolutamente necesaria para el desarrollo y progreso de la comunidad, es la base para que la perpetuación de la especie se realice. En efecto, el ser individual no puede estar apto para procrear desde los primeros instantes de su vida, sino que es menester que alcance el completo desarrollo de su sexualidad para que pueda desempeñar esta función. De manera que ésta no sería posible si el individuo sucumbiera antes de alcanzar éste estado. Y así, el instinto de conservación del individuo está íntimamente ligado a la función reproductora que garantiza la conservación de la especie.

Siendo de enorme importancia el papel que desempeña el instinto de conservación como preservador de la vida del individuo e indirectamente de la vida de la especie, natural es que posea una fuerza y efectividad enormes y se imponga en todas las circunstancias de la vida externa que impliquen un grave peligro para la existencia.

Puede pasar desapercibido su funcionamiento -- mientras todo marche bien y las condiciones ex-- ternas sean bonancibles, pero se revelará con un dinamismo avasallador y empleará todos los recursos posibles si algún acontecimiento, a manera de excitante, encierra un peligro para la vida, desen-- cadenando toda la energía del instinto adormeci-- do, el cual una vez puesto en acción, no recono-- cerá barreras de ninguna clase hasta ver cumplida la misión, la función que le está encomendada en la economía biológica de las actividades indivi-- duales, poniendo en juego toda clase de mecanis-- mos neuro-psíquicos, que tienen por finalidad uni-- ca el impedir el peligro que amenaza a la exis-- tencia, ya sea retirando al individuo de su alcan-- ce, ó transformando, de ser ésto posible, el efecto nocivo del acontecimiento externo en algo inofen-- sivo, por un proceso anímico de represión ó subs-- titución, neutralizando así la acción dañosa.

Stierlin relata numerosos ejemplos de reaccio-- nes pánicas que se observaron en los terremotos de Messina y Valparaíso. Uno de los efectos psico-- lógicos más frecuentes fué en general una cierta indiferencia inconcebible ó una alegría extraña, con represión de lo terrorífico. -- Un alemán que-- había perdido a su familia en la catástrofe y -- que de terror había huído de su casa, hallábase-- después paseando regocijado en su automóvil sin-- dar la menor idea de sufrimiento ó congoja y -- cuando se le dirigía la palabra, mostrábase com-- pletamente confuso y reía.

Se ve por tanto que la reacción pánica aguda-- no es más que el resultado de la actividad del -- instinto de conservación puesto en marcha por el acontecimiento externo violento y que trae una -- ruptura del equilibrio mental por parálisis de-- las instancias psíquicas superiores, con predomi-- nio del funcionamiento instintivo subconsciente. Estas reacciones pánicas llevan además consigo--

frecuentemente la tendencia de huir de lo insop-
portable refugiando al individuo en un estado --
psíquico particular en el que se reprime con e--
nergía la noción del peligro para que éste no si-
ga obrando sobre la conciencia, transformando la-
vivencia que produjo la reacción aguda de pánico
en algo inofensivo, por medio de estados crepuscu-
lares, de estupor, etc.

Si recordamos que tanto la histeria como la --
neurosis engendrada por el pánico tienen su in--
cepción en la actividad de los mismos instintos-
generales de conservación, se notará más facilmen-
te cuán estrecha es la relación que existe entre
ambas.

Sin embargo, no son totalmente idénticas las --
reacciones agudas psíquicas de pánico y las reac-
ciones histéricas. Sin duda el pánico agudo, así--
como el miedo crónico ante vivencias de pánico -
pueden formar puntos de partida para evoluciones
posteriores completamente histéricas. Pero la neu-
rosis pánica es un síndrome agudo, expresión de --
un estado emocional intenso que domina al indivi-
duo e implica la paralización de sus procesos --
psíquicos superiores, intelectuales y volitivos, -
de tal manera que solo es vivida la fase emocio-
nal que arranca del inconsciente, con exclusión--
de procesos conscientes de razonamiento y volun-
tad; es decir, la fase puramente instintiva. De ---
aquí que el individuo obre de manera que nos pa-
rece tan extraña, conducta que implica represión-
del efecto producido por el excitante y que se -
desvanece automáticamente al cesar la consecuen-
cia del choque emocional, volviendo el individuo,
de repente, a ser el hombre normal que recoge la
situación en el punto que la dejó cuando fué do-
minado por la emoción.

En tanto que, para que la reacción tome el ca--
rácter distintivo de la histeria, es necesaria la
asociación de elementos nuevos.

En efecto, con el retorno a la tranquilidad y claridad espiritual, preséntase, como lo demuestra la experiencia, una fase especial de tránsito durante la cual la reacción pánica aguda, que había sido puramente automática en su aparición y mecanismo, se vuelve más ó menos accesible a la voluntad, puesto que puede ser reprimida por completo, ó por el contrario puede dársele mayor desarrollo y sostenerla así indefinidamente.

Cuando el enturbiamiento de la conciencia provocado por el choque afectivo intenso pasa y el individuo reconoce que el proceso de defensa --- puesto en juego por el instinto de conservación--- excitado, puede servirle para alejarse definitivamente de la zona de peligro, el deseo de utilizar el mecanismo instintivo como un amparo, como un refugio que lo protege, interviene para fijar secundariamente los automatismos afectivos que están a punto de desaparecer espontáneamente. De esta manera puede poner en marcha la tendencia aún reciente de sumergirse en el estado crepuscular ó en el ataque. Nada más, y aquí está el peligro, de que cuando la expresión psico-física del pánico-agudo es sostenida voluntariamente por el sujeto, entonces puede volverse secundariamente automática y continuar, ó repetirse en posteriores ocasiones, en ausencia de la situación externa primitiva de peligro que le dió origen y el individuo--- se torna impotente para controlar ese estado interno anímico al cual le dió vida propia. Así se forma una tendencia a reaccionar ante estímulos externos ó internos, que emplea las vías subconscientes del funcionalismo psíquico instintivo.

Es necesario pues, para distinguir la diferencia entre la reacción pánica aguda y la reacción histérica, señalar dos clases de tendencias: una, primaria, de defensa ó de fuga que se haya implícita en todo afecto de sufrimiento intenso y a la que deben su origen las represiones y las formas teatrales de las imágenes pánicas; y una ten-

dencia secundaria que se inicia al declinar el -
choque afectivo y retornar la claridad a la con-
ciencia, provocada por el deseo de emplear éste -
mecanismo con un fin utilitario. La reacción pánico
ca es instintiva, elemental, originada por la si-
tuación del momento; la histeria es secundaria, --
oscila más bien entre los límites de lo instinti-
vo y lo racional y es más bien un producto de to-
da la personalidad, no nada más del fondo instinti-
tivo.

No solamente las reacciones del instinto de --
conservación individual no controladas por las --
instancias psíquicas superiores, intervienen en --
la patogenia de las neurosis, sino que también --
el instinto sexual es un factor preponderante en
la producción de muchas de ellas.

En efecto, encontramos en numerosos neuróticos-
un conflicto, que en cierto punto coincide con --
los grandes problemas de la sociedad, de suerte --
que el conflicto, aparentemente individual del en-
fermo se manifiesta como un problema general del
ambiente social, relacionado con el concepto mo-
ral y las restricciones e imposiciones de la vi-
da por un lado y la actividad natural del ins-
tinto sexual que sigue ó tiende a seguir sus pro-
pios rumbos y libertades. Produce una colisión --
entre la tendencia consciente y el deseo inmoral,
incompatible con las normas y los intereses que
el individuo sostiene en sus relaciones con la -
sociedad. El deseo sexual inconsciente es por re-
gla general, infantil, es decir, pertenece al pasa-
do del enfermo y no puede adaptarse ya a la actua-
lidad, por lo cual es reprimido en virtud de la --
moral presente. El hombre, en sus relaciones socia-
les es todo limitación; el instinto sexual es li-
bre en su manifestación y no reconoce limitacio-
nes. De aquí surge el conflicto entre la concien-
cia y la vida del instinto sexual. Se trata pues,
en lo esencial, de deseos sexuales reprimidos que
chocan contra las barreras estrechas de nuestra-

moral sexual de hoy. El neurótico lleva en sí mismo un alma infantil que no soporta limitaciones arbitrarias, cuyo sentido no comprende. Intenta -- ciertamente avenirse a la moral, pero cae en una profunda disención y discordia consigo mismo: por un lado su conciencia lo lleva a someterse; por otro lado su instinto sexual lo impele a liberarse. Si este conflicto fuera claro en todas sus partes, probablemente nunca surgirían síntomas -- neuróticos. Estos surgen solamente cuando el sujeto no puede divisar el otro lado de su ser, la fase instintiva y la urgencia de sus problemas. Solo en esas condiciones parece presentarse el síntoma neurótico, el cual no es sino una expresión indirecta de deseos no reconocidos; deseos, que si fueran conscientes, se hallarían en violenta contradicción con nuestras normas morales. Como la parte instintiva del alma se sustrae a la visión consciente, el enfermo no puede abordarla, someterla, ó renunciar a ella; porque no posee control ni influencia sobre esos impulsos inconscientes que han sido reprimidos, expulsados de la jerarquía del alma consciente y han ido a formar complejos autónomos que, solo venciendo grandes resistencias pueden volver a ser dominados. Y así se establece la neurosis como un conflicto entre el yo y la naturaleza instintiva en su aspecto sexual.

Hay también en el fondo de nuestra subconsciencia la fuerza motora de la sed de poderío que todos llevamos como una herencia ancestral de nuestro pasado biológico de lucha y vencimiento. Este instinto que nos lleva a la adquisición del mayor número de ventajas posibles sobre los demás, que nos coloca en envidiable posición de superioridad, está íntimamente ligado al egoísmo del fruto de la acción. Nosotros ejecutamos la mayor parte de nuestros actos con la finalidad específica de lograr las más grandes conveniencias posibles que nos lleven a ocupar una posición ventajosa -

sobre el mundo externo, inclusive sobre los otros seres humanos. Hay en este funcionamiento instintivo un rasgo que lo caracteriza y es la expresión de la ley biológica de obtener el máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo, que nos hace ahorrar energías, nos beneficia y nos lleva a la acción por el incentivo del poder que emana ó resulta de la actividad de nuestro deseo de ser mejores que los demás ó más poderosos que ellos. Pero este instinto al cual obedece el animal automáticamente, tiene un freno en el hombre, constituido por las facultades superiores de razonamiento, las cuales fijan un límite al instinto de poderío. Hay pues un equilibrio entre la fuerza subconsciente de este instinto y la parte del psiquismo superior consciente. En el hombre normal este equilibrio hace que el instinto de poderío no sea siempre consciente porque no se exterioriza como tal, sino que la expresión de su actividad queda modificada por la acción balanceadora de las instancias superiores.

Pero cuando en el individuo concurren características inferiores, ya sea de índole psíquica ó física, que lo colocan en posición desventajosa con relación a los demás y al mundo externo, la conciencia de esta inferioridad relativa y el instinto de poderío, entran en conflicto, pues el hombre experimenta una especie de reflejo inhibitorio psíquico que nace del sentimiento de inferioridad, lo que le impide obrar con energía y precisión, que es precisamente lo que el instinto reclama. No pudiendo entonces realizar lo que el instinto exige, por vía superior, es decir, intelectualmente, trata entonces de alcanzarlo por vía inferior, mediante una serie de rodeos y disfraces que eluden la conciencia y que enmascaran la verdadera finalidad, oculta tras de un cuadro patológico (aspiración de realización, ó satisfacción de un deseo subconsciente de poderío). Este

cuadro morboso, neurótico, tiene además el papel de refugio en que se esconde el individuo para encubrir la impotencia que resulta de su inferioridad psico-física. Así se forma un tipo especial de hombre sin sustancia de carácter parasitario, irresoluto, con fobia del acto, delirio de duda, -- que intenta olvidar su vacío, su sentimiento de incompletud como lo llama Janet, en "el rico manto de la dinámica afectiva que encubre la nada" (Jaspers). Este manto de dinámica afectiva que -- con frecuencia se suele presentar, está constituido por formaciones secundarias, verdaderas supercompensaciones en el sentido de Adler, es decir, que son perpetuos ensayos para ocultar, con el auxilio de la labilidad de los aparatos psicofísicos, los defectos parciales de la constitución que impiden ó son un obstáculo a la realización del instinto de poderío.

El grupo, formado por esta clase de enfermos es muy numeroso y pueden quedar comprendidos en él los dos tipos siguientes: El de algunos criminales, que no con motivo de su estructura psíquica estrictamente específica, sino simplemente a causa de su regulación mental superior, que es enteramente defectuosa, propenden a descargas psíquicas impulsivas; y el del canalla frío, egoísta, caprichoso, amoral, ladrón, cruel, que constituye un caso grave de degeneración con inequívocas formas de transición a la imbecilidad moral y a la esquizofrenia, caracterizado porque halla un verdadero placer en vivir esa existencia morbosa y se da cuenta de su estado sin experimentar deseo alguno de control de sus pasiones e impulsos.

Por lo que llevamos dicho se comprenderá que en las neurosis hay trastornos graves en la esfera de la voluntad. Vamos a considerarlos.

Observando la vida animal, nos damos cuenta que los actos no son sino respuestas automáticas a estímulos. La voluntad del animal se encuentra reducida en su totalidad casi, a un proceso automá-

tico que se pone en actividad por la fuerza excitante de los estímulos internos ó externos. Estos estímulos primitivos tienen una acción específica sobre los instintos del animal, de tal manera, que este solo obra en forma automática como respuesta a excitantes lo suficientemente poderosos para poner en juego el mecanismo instintivo. Todos los actos del animal son la traducción directa, de naturaleza impulsiva, de instintos excitados por estímulos elementales. El proceso voluntario es pues automático y se funda en estímulos.

En el hombre, los actos no son ya solamente respuestas automáticas a estímulos, sino que el individuo es capaz de razonar acerca de la conducta que va a seguir cuando el estímulo lo excita; y así, es completamente capaz de modificar la línea primitiva de acción que se presenta en un principio como impulso. Dicho de otra manera, la voluntad se funda en motivos razonados y por tanto, la razón desempeña un papel de control que modifica y desplaza el impulso. Hay pues una influencia recíproca entre la voluntad instintiva y la voluntad razonada, que en el estado normal se traduce por un equilibrio, una resultante que funde en una, las dos voluntades.

Pero si este equilibrio, por alguna circunstancia, llega a romperse, entonces las dos voluntades quedan libres y cobran autonomía funcional, haciéndose independientes y antagonistas, puesto que la finalidad de ambas no es siempre la misma, una respondiendo ciegamente al instinto y otra basada en el funcionamiento de la razón, que no siempre está de acuerdo con el instinto, sobre todo cuando la acción instintiva tiende a ser completamente desproporcionada al estímulo.

Son pues dos clases diferentes de voluntad y no dos direcciones de una misma voluntad. Una muestra estructura psicológica completamente distinta de la otra y su origen también es diferente. La voluntad razonada es el grado superior on-

togenéticamente y filogenéticamente de la voluntad animal.

Ernst Kretschmer, en su bello estudio acerca de los aparatos de voluntad en el histérico, llama -hipobulia a la voluntad instintiva ó animal y teleobulia (neologismo castellano que expresa voluntad claramente enderezada a un fin determinado, equivalente del término alemán "zweckwille") a la voluntad superior, razonada.

Haremos notar que estas dos clases de voluntad coexisten en todo individuo normal, pero en él no se hacen notables individualmente porque ninguna resalta con caracteres fuertes y propios, ya que ambas se encuentran equilibradas, unidas en su funcionamiento. Solo cuando acontece la disociación es cuando destacan en sus características particulares que las distinguen con claridad como dos clases distintas cualitativamente. Es como siempre en el terreno de lo patológico en donde se descubre mejor el mecanismo de acción de un fenómeno, que abultado por lo anormal destaca mejor las particularidades que se estudian y que pasarían inadvertidas en el cuadro disminuido de lo normal.

La teleobulia no es nada diferente de la personalidad sino más bien la individualidad misma; el término medio de sus resoluciones aisladas refleja la finalidad total de la vida y cada resolución aislada se encuentra situada en la línea de la tendencia dominante del carácter total del sujeto, del cual nace en el juego cambiante de los motivos. Está íntimamente ligada al engranaje de los procesos superiores del psiquismo.

La hipobulia no sigue una trayectoria fijada de antemano hacia un fin propuesto, sino que obedece a la acción del estímulo del momento, se dirige tan pronto a uno como a otro lado. Es inconsciente en su funcionamiento y está íntimamente ligada, por su parte, a la vida instintiva.

La disociación de ellas se efectúa siempre que

las instancias psíquicas superiores disminuyen en la fuerza de su funcionamiento, perdiendo entonces el papel regulador de control que tenían sobre las reacciones emotivas subconscientes de la vida de los instintos y por tanto, sobre la voluntad hipobulbica, que en suma no es sino la fuerza de manifestación de los instintos, la energía de objetivación psíquica, el anhelo de realización de los deseos subconscientes. Dicho también en otras palabras, en un desfallecimiento repentino de los procesos superiores, los procesos inferiores cobran autonomía funcional de acuerdo con sus leyes propias primitivas.

Parece ser una ley fisiológica del sistema nervioso la polaridad funcional de factores que produciendo efectos diametralmente opuestos, concurren a un mismo fin de equilibrio y armonía. Así, observamos la acción aceleradora del simpático y la frenadora del vago que concurren, desde dos puntos distintos a un fin de equilibrio cardíaco; la acción constrictora y vaso-dilatadora de los angio-motores, etc. Uno de estos factores tiene un valor positivo, de control, con relación al otro. Cuando a consecuencia de una ligadura incompleta se produce en la vía piramidal de la médula, una debilidad de conducción de la energía nerviosa, observamos que impulsos dinámicos objetivos de movimientos coordinados procedentes de los centros nerviosos superiores, no producen en los miembros inervados abajo de la ligadura, esos movimientos coordinados en toda su pureza, sino que se mezclan a éstos, movimientos simples tónicos y clónicos que corresponden a un funcionamiento propio e independiente, de los centros inferiores. Una alteración espástica de la marcha, corresponde por tanto, en este caso, a la disociación parcial en mayor ó menor grado, entre el funcionamiento de los centros superiores que envían impulsos de movimientos coordinados y el funcionamiento de los centros inferiores, que libres has-

ta cierto punto de la influencia superior, determinan la motilidad específica propia del arco reflejo espinal emancipado. Si un espástico de este tipo ha descansado durante un largo rato y quiere levantarse, su impulso coordinador no provoca de ordinario ningún movimiento armónico encaminado a ese fin, sino un espasmo puro ó un clonus. En este caso, por tanto, el impulso superior no actúa sobre el centro espinal, emancipado, como una orden de movimiento complejo y coordinado, sino simplemente como un estímulo elemental al cual responderá el arco reflejo espinal según las leyes propias de su funcionamiento, con el mismo fenómeno dinámico simple con que respondería, pongamos por caso, a un choque externo sobre el tendón de Aquiles, quedando por tanto eliminada la forma de movimiento coordinado que le envía el centro superior.

De manera análoga, cuando un sujeto a consecuencia de una violenta conmoción psíquica ó de una disociación afectiva crónica, los procesos superiores de la esfera de expresión psíquica, sufren, entonces la hipobulia asume la dirección; aparecen formas de reacción de la primera infancia y el aparato psico-motor de expresión utiliza los arcos de acción más profundos, de manera que los estímulos elementales provocan reacciones instintivas simples siguiendo leyes psico-motoras propias, independientes ya de la acción controladora de las instancias superiores del psiquismo. La hipobulia comienza a vivir una vida propia, ya no en coordinaciones complejas motivadas que formaba con la teleobulia, sino sola, de acuerdo con fórmulas primitivas más simples que le son propias. Por tanto, en la esfera de expresión cuando la instancia superior se encuentra paralizada, total ó parcialmente, responde al impulso la instancia inferior, ya de un modo puro siguiendo sus leyes propias, ya con fenómenos de interferencia. La teleobulia actúa entonces como un estímulo no es

pecífico sobre la instancia inferior hipobública, la cual funciona siguiendo sus leyes primitivas-propias. Es decir, libertando el funcionalismo instintivo.

El estudio de la anatomía y de la fisiología-- comparadas acerca del sistema nervioso, nos dice que este ha sido objeto de una constante evolución a través de todas las etapas animales, desde la forma en que aparece rudimentario en los seres inferiores de la escala zoológica, hasta llegar al perfeccionamiento que tiene en la humana especie. En un principio, en el ser unicelular donde todas las funciones se juntan forzosamente -- sin diferenciación, el protoplasma desempeña en conjunto, de una manera primitiva, cada uno de los procesos digestivo, respiratorio, circulatorio, de eliminación, de sensibilidad, etc. Todas estas funciones son desempeñadas por el mismo protoplasma que forma la célula viva del ser; no hay diferenciación ni funcional ni orgánica que corresponda a cada proceso en particular. Pero con el desarrollo de individuos pluricelulares de constitución cada vez más rica y compleja, principian a aparecer células claramente distintas que agrupadas -- en formas especiales están destinadas al desempeño de cada una de las funciones en particular. -- Así aparecen rudimentos de aparatos digestivo, -- respiratorio, etc. Y de este modo, a partir de los protozoarios donde se nota una pobreza y una simplicidad de organización que constituyen la expresión más clara de su mediocre individualidad, hasta los metazoarios, entre ellos los vertebrados superiores y como expresión última el hombre, hay una escala constantemente ascendente de complejidad de organización, que se traduce en las distintas producciones diferenciadas, tanto orgánicas como funcionales, que en íntima solidaridad unas con otras trabajan en conjunto, cada una de su especialidad, al fin común biológico de sostener la vida individual y de reproducirla para-

la conservación de la especie.

El sistema nervioso ha experimentado ésta constante evolución desde la forma primitiva que proporciona al ser vivo vagos indicios del mundo exterior, hasta la maravillosa organización y riqueza que posee en el hombre.

En este progreso vemos aparecer cronológicamente dos grandes sistemas nerviosos: uno que rige el funcionamiento orgánico del individuo en sus múltiples fenómenos, llamado sistema órgano-vegetativo; y el otro, más complejo, posterior en su aparición y desarrollo, más elevado, que se relaciona con las actividades superiores de la vida y que suministra datos conscientes del medio externo y del individuo. Entre éstos dos grandes sistemas hay varias diferencias capitales. El primero es automático absolutamente en su funcionamiento, é independiente por tanto de la conciencia y la voluntad, así como de la razón. Está ligado a la fase instintiva de la vida y tiene como órganos de expresión el simpático-parasimpático y las varias formaciones nerviosas con exclusión del cerebro.

El segundo tiene una fase claramente no automática en su funcionamiento, proporciona datos conscientes, está ligado a la fase intelectual de las actividades nerviosas y tiene como órgano de expresión el cerebro.

En suma, uno abarca los procesos que se refieren a la fase instintiva, no consciente de la vida y el otro abarca el aspecto consciente y racional de las actividades nerviosas. Uno es disintamente automatismo órgano-funcional y el otro, funcionalismo consciente.

Aunque independientes hasta cierto punto en su funcionamiento particular, estos dos grandes sistemas están unidos en la expresión total de las actividades individuales y concurren, desde dos puntos distintos a un mismo fin: el sostenimiento

y mejoramiento del individuo y la especie. El engranaje complicado del funcionalismo biológico -- los hace solidarios uno del otro, en tal forma, -- que cada cual por su parte es impotente para conservar la expresión completa de la vida en que se fusionan, como en una síntesis, todas las actividades parciales para formar la unidad total de la individualidad, sin el complemento del otro.

Hay a este respecto un equilibrio que mantiene el funcionamiento de cada uno de los dos grandes sistemas dentro de ciertos límites.

Haciendo un estudio de comparación del sistema nervioso, vemos que el hombre comparte con el animal el aspecto inferior, el cual es común en am--bos. Es decir, que el hombre posee al igual que -- los animales, el sistema nervioso primario en relación con las actividades instintivas, elementales y subconscientes. Pero que el desarrollo cerebral y los procesos más altamente diferenciados y superiores del sistema de relación, son peculiares del hombre únicamente, lo que lo eleva a un -- nivel evolutivo muy superior al del animal. Estos procesos superiores son: en la esfera intelectual la razón; en la de la emotividad, el sentimiento -- desinteresado, inegoísta, artístico ó altruísta; y en la esfera de la voluntad, la teleobulia, es decir, la que se ejerce conscientemente, libre de --- toda presión coercitiva y que es capaz de anticipar el resultado de la acción.

Es una ley general que la observación constante y la experimentación, confirman, que en todo órden ó sistema de actividades biológicas, las que desempeñan un papel superior con relación a o --- tras, tengan un papel de control y sean al mismo tiempo por tanto, moderadoras, encauzadoras, de las actividades inferiores, que por esta razón quedan subordinadas en cierto sentido y hasta determinado punto al funcionamiento de las superiores.

Si por un proceso cualquiera, las actividades -- de orden inferior dejan de estar influenciadas --

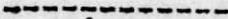
por las superiores, entonces aquellas recobran autonomía en su funcionamiento, de acuerdo con las leyes propias que determinaron su aparición y desarrollo. Cualquier mecanismo que intervenga dissociando dos esferas de actividad en que una es superior, trae como consecuencia inmediata la independización funcional de cada una de ellas. Al independizarse, cada una tiende a la finalidad particular que le es propia y por tanto, rompe el equilibrio que existía y que estaba encaminado a conservar, no la finalidad de la función en particular, que solo es parcial e incompleta, sino una finalidad única y completa en que concurren todas las demás actividades para un objetivo común de la individualidad total.

El proceso de disociación de las dos grandes funciones nerviosas que se relacionan con cada uno de los sistemas dichos, puede efectuarse de dos maneras: por excitaciones agudas intensas, ó poco intensas que obren crónicamente sobre el sistema inferior y que desempeñando el papel de estímulos elementales, desencadenen su funcionamiento impetuoso, anormal por exceso energético, con mengua por tanto del equilibrio establecido, ya que el sistema nervioso superior no puede ejercer su papel regulador ante una energía que lo domina; ó por agentes, orgánicos ó psíquicos que debiliten ó anulen temporal ó definitivamente el funcionamiento de éste último. Cuando la acción es doble, excitando por una parte el sistema inferior y paralizando el superior, el efecto será mayor. Así ocurre en las neurosis provocadas por emociones intensas que estimulan, excitan los intentos de conservación individual ó sexuales, desencadenando síndromos senso-motores reflejos y semi-reflejos (expresión de la actividad del sistema inferior disociado) y estados psíquicos particulares, de estupor, crepusculares, etc. (expresión de la actividad anormal por disminución, por debilidad del sistema superior). La segunda--

manera de acción la tenemos en la parálisis general progresiva, que cuando la destrucción cerebral está muy avanzada confina al individuo, en estado de gatismo, a una existencia ausente de significado, que se reduce a la actividad instintiva únicamente. El hipnotismo también paraliza temporalmente en forma más ó menos profunda el funcionamiento del sistema nervioso superior. Por eso se encontró que los síntomas histéricos pueden ser reproducidos con absoluta fidelidad por el proceso hipnótico. No debe pues ser empleado ni como medio de investigación ni como recurso terapéutico, pues todo proceso, natural ó artificial, que produzca la paralización más ó menos completa, pasajera ó permanente, del sistema nervioso superior, es un proceso de regresión. Afecta al individuo regresándolo, acercándolo a la animalidad, a la inconsciencia, a la irresponsabilidad. Esto no debe olvidarse nunca.

En resumen, las neurosis, en su acepción más amplia, representan formas anormales de reacción del fondo psíquico instintivo, producidas cuando las exigencias de los instintos de conservación ó de poderío, chocan con violencia contra las realidades externas. Este choque produce un desequilibrio interno entre los procesos psíquicos superiores que se debilitan ó paralizan y los procesos inferiores subconscientes que libres de la acción moderadora de las instancias superiores, viven una vida propia é independiente. En la esfera de la voluntad hay predominio de la hipobulia sobre la teleobulia (inversión del estado normal). En la esfera de expresión el desequilibrio es traducido: somáticamente, por el desencadenamiento de síndromos senso-motores automáticos reflejos y semi-reflejos que tienen antecedentes preformados en las reacciones biológicas primitivas de defensa ó de fuga (reflejo de inmovilización; tempestad de movimientos) y psíquicamente, por estados anímicos hipofuncionales (de estupor, crepus-

culares, etc.) de la conciencia.



CAPITULO III.

En medicina, cuando se estudia la producción de la enfermedad desde el punto de vista de la patología general, dos factores se toman siempre en consideración: el agente patógeno y el terreno.

Ahora bien, éstos dos factores constituyen cada uno un problema sumamente importante para la higiene, ya que es posible evitar la enfermedad por supresión del agente, cualquiera que sea su naturaleza (física, química, biológica) ó por mejora--- miento del poder defensivo del organismo que aumenta su resistencia mediante un estado de inmunidad.

Si el estudio realizado por la microbiología y el efectuado por la higiene acerca de las condiciones externas en que el individuo vive, han progresado notablemente, no puede decirse otro tanto con respecto al conocimiento del factor terreno.

Aunque un gran paso se dió con las adquisiciones logradas por los recientes estudios sobre inmunidad, quedan todavía muchos puntos oscuros que resolver y las teorías no satisfacen de una manera absoluta para la explicación científica de -- los hechos observados. La concepción de la existencia de varios elementos que intervienen en -- forma fundamental en el fenómeno de la inmunidad, no ha logrado verse demostrada y todo ocurre "como si existieran". Hipótesis nada más.

Si esto ocurre en medicina orgánica, el hecho es muchísimo más notable en los problemas de patología mental. El factor terreno sigue siendo -- una incógnita.

Se habla de predisposición. Esta palabra se encuentra a cada paso como una razón de causalidad en los hondos y difíciles problemas de etiología, pero en realidad solo expresa nuestra ignorancia, porque la aptitud patológica mental de un indivi

duo, depende en verdad de un sinúmero de causas complejas poco conocidas, cuyo mecanismo de acción lo es más todavía. ¿Por qué ciertas personas parecen especialmente predispuestas a la influencia de los fenómenos cosmológicos y climatéricos mientras que a otras poco les afecta? Una gran cantidad de individuos se encuentra en el mismo medio y por tanto, sujetos a las mismas circunstancias; sin embargo, solamente algunos enferman. Se intenta explicar el hecho por la predisposición, pero, ¿en qué consiste ésta?

No obstante, a pesar de la ignorancia en que nos encontramos con relación al conocimiento del terreno mental, algo se puede hacer para mejorar su estado y aumentar su resistencia ante la enfermedad.

Sabido es que cuando las condiciones orgánicas naturales, normales, que mantienen la salud, son modificadas por alguna influencia, entonces el individuo, que era refractario a ciertas enfermedades, queda predispuesto a contraerlas. Muy demostrativo a este respecto es el experimento llevado a cabo por el inmortal Pasteur, que hacía que las gallinas, normalmente refractarias al carbón, fueran susceptibles de contraerlo, manteniéndolas por un tiempo con las patas sumergidas en agua fría. Se puede observar también que hay una relación entre los traumatismos y la aparición de ciertas enfermedades, que revisten entonces formas particularmente graves. En la tesis recensional de mi buen amigo el Dr. Guillermo Rodríguez y Frías, se refieren muchos casos estudiados con precisión en que a un traumatismo se seguía la aparición de formas perniciosas, mortales, de malaria. Ejemplos parecidos se pueden multiplicar. ¿Quien no ha observado en su práctica diaria que un traumatismo sea seguido del despertar de una tuberculosis? Y no únicamente factores violentos como los traumatismos, sino pequeñas causas que aisladamente por sí solas son incapaces de produ

cir un efecto nocivo, cuando obran en conjunto ó crónicamente, lo producen.

Todo esto es debido solamente al hecho de que esos factores ocasionan estados de menor resistencia. No es que por sí solos sean suficientes, sino que desempeñan el papel de causas determinantes en la etiología de muchos estados patológicos.

Lo que nos interesa de manera fundamental de lo que acabamos de exponer, es la condición de menor resistencia orgánica originada por la acción de factores externos que obrando rápida é intensamente, ó en forma poco intensa y crónica, producen un desequilibrio pasajero del funcionalismo normal que sin constituir de por sí una entidad patológica, es sin embargo causa de una mayor predisposición a las enfermedades. ¿No hay acaso semejanza entre el fenómeno estudiado por Pasteur que predispone al carbón de las gallinas y la aparición de muchas enfermedades en cuya etiología entra el factor "a frígore"? Los médicos antiguos, buenos observadores y buenos clínicos, no dejaron pasar inadvertida la importancia que tienen las causas ocasionales y así, consideraban al frío poseyendo un verdadero valor patogénico.

La predisposición es una inclinación patológica, es como una potencia de enfermedad que para actualizarse necesita forzosamente del auxilio de otras condiciones. El predispuesto constituye un terreno admirablemente preparado para el desarrollo de cierto grupo de alteraciones morbosas, las cuales no aparecerán si causas determinantes no obran para que la enfermedad estalle. A su vez, las causas determinantes sólo lo son en virtud de la predisposición existente. De esta manera es fácil comprender que el frío y como el frío un gran número de causas ocasionales, tienen valor de causalidad solamente en determinado grupo de casos, es decir, en los predispuestos.

La predisposición es pues un estado de menor - resistencia para algunas enfermedades. Puede ser - constitucional, verdadera idiosincracia patológica, ó adquirida. En ambos casos no es un estado in - variable, fijo, inmutable, sino que es susceptible - de modificación.

Es algo notable que en la anamnesis de muchos - enfermos intervengan con gran frecuencia facto - res de índole psíquica desempeñando el papel de - factores etiológicos de algún valor. Es cosa com - mún y corriente observar también que una imagen - mental clara es capaz de determinar la secreción de la saliva, del jugo gástrico, provocar la erec - ción, etc., ó que un disgusto, una contrariedad, una emoción, son suficientes para interrumpir el pro - ceso digestivo, para provocar trastornos vaso - motores intensos, perturbar la dinámica cardíaca, -- etc., todo esto por vía psíquico-refleja.

Hay pues una verdadera interdependencia entre - los fenómenos orgánicos y los puramente mentales y toda alteración violenta de las condiciones -- psíquicas normales trae una repercusión sobre el resto del organismo. Ahora bien, esta repercusión - es notablemente mayor en la esfera de la energé - tica mental y se traduce por la producción de es - tados de menor resistencia psíquica.

El traumatismo mental obra sobre el individuo - por intermedio de la emotividad. Las pasiones in - tensas ó desordenadas, las emociones fuertes, las - penas morales, etc constituyen un peligro para la conservación del equilibrio anímico, porque crean - estados de menor resistencia en el dominio de -- acción de las instancias psíquicas superiores y - por tanto predisponen a las reacciones anormales del fondo psíquico instintivo. ¿Quiere decir esto que las pasiones, emociones, instintos, etc., consti - tuyen de por sí un peligro constante para la sa - lud psíquica? De ninguna manera. El funcionalismo de la emotividad es absolutamente indispensable -

para la vida del individuo y su mejoramiento y para la conservación de la especie. Con esto que-
remos referirnos al funcionamiento normal, el cual se encuentra dentro de ciertos límites. Puede en efecto ser ese funcionalismo anormal, por exceso ó hiperfuncionalismo, por defecto ó hipo-
funcionalismo, ó por desviación, disfuncionalismo. Este último indica un trastorno grave y va siempre acompañado de perturbaciones intensas del juicio; se observa en la esquizofrenia: un individuo que ante una situación dada debe reaccionar por el dolor, reacciona en sentido opuesto por la alegría, ó por indiferencia. Es muy demostrativo el ejemplo del campesino, cuya casa se inunda, que en lugar de aflijirse y tratar de salvar a su familia, se pone a hacer el análisis químico del agua.

Volviendo al recurso de la analogía para hacer más comprensible lo dicho, recordaremos que la función quínésica gástrica no debe pasar de ciertos límites ni sufrir desviaciones de sentido ó finalidad para que no ocurran trastornos. Si esto no es así, vemos entonces aparecer muchas variedades de desórdenes que pueden ser: por hiperquinesia, el estómago evacuando su contenido antes del tiempo necesario para que la digestión gástrica se efectúe; por hipoquinesia, fenómeno inverso; ó por movimientos antiperistálticos ó contracturas parciales de la musculatura, verdaderas disquinesias, desviaciones de sentido ó de finalidad. Lo mismo ocurre con la emotividad. Tomemos por ejemplo una emoción, el miedo. Esta emoción desempeña con seguridad un papel necesario y constructivo, pero siempre que su funcionamiento no pase de ciertos límites ni sufra desviaciones. En efecto, si de repente me encuentro delante de una fiera, siento miedo y huyo, lo que no es más que una actitud necesaria para la conservación de mi vida; pero si el miedo pasa de un límite y se hace mayor, entonces se convierte en terror, se paralizan

mis procesos superiores de razonamiento y voluntad y el reflejo de inmovilización hace que quede como petrificado en mi lugar, no pudiendo entonces evitar el peligro; lo mismo sucedería si no siento miedo en absoluto, ó si en lugar de miedo, que es la reacción emotiva normal, experimentara alegría, que en este caso particular sería una desviación de sentido ó finalidad, una disfunción.

Todas las vivencias intensas, ó poco intensas que actúen crónicamente, tienen con relación a la emotividad, un doble papel; por un lado excitan la fase subconsciente, instintiva, y por otro, debilitan ó paralizan los procesos superiores conscientes que son los únicos que pueden mantener el funcionamiento emotivo dentro de los límites de la normalidad. Representan por tanto factores favorables a la producción de las neurosis, predisponiendo a los que no lo estaban y determinando la enfermedad en los ya predispuestos. Es pues una medida importantísima de higiene mental impedir esta acción nociva que pone al psiquismo superior en un estado de menor resistencia.

Ahora bien, solamente hay un medio de lograrlo: el ejercicio, desarrollo y disciplina de la teleobulia, la cual ejerce un control indudable y seguro sobre la instancia inferior hipobúlica del funcionalismo emotivo, el que puede ser mantenido así dentro de los límites de la normalidad. No hay otra medida práctica mejor, ya que todos estamos expuestos a la acción de factores ó situaciones externas que no podemos modificar ó de cuyo alcance no podemos sustraernos por múltiples circunstancias.

El control de nosotros mismos por medio de la teleobulia disciplinada, crea un estado de mayor resistencia, de verdadera inmunización con referencia a las neurosis.

Siendo siempre posible la existencia de desviaciones ó derivaciones de estados emotivos pri

mitivos sumergidos en la subconsciencia por el proceso de censura y represión, es preciso descubrir el verdadero significado de esas desviaciones y derivaciones que enmascaran y ocultan la finalidad real del complejo emotivo. De aquí que el primer paso para ejercer el control de la propia emotividad sea el conocimiento de sí mismo. La inscripción del templo de Delfos sigue teniendo un significado de trascendental importancia.

Como muchos problemas de higiene, este problema de profilaxia mental es fundamentalmente educativo. Mucho se ha hecho y mucho se ha conseguido en la educación y disciplina de la inteligencia y es relativamente fácil encontrar hombres de pensar lógico y profundo. ¿Qué se ha hecho por educar y disciplinar la emotividad? Los hombres que tienen control sobre su emotividad son los que permanecen serenos ante el peligro, ante las tempestades de la vida; son los de reacciones predominantemente conscientes, que no tienen vida impulsiva; son los que han llegado a resolver el problema de la responsabilidad personal de sus actos; son en suma los más escasos y los más necesarios.

Las tendencias educativas han estado encaminadas al desarrollo intelectual, pero la educación completa del hombre no debe ser unilateral; es necesario que abarque los tres aspectos del alma humana y la disciplina emotiva es algo que se ha descuidado casi por completo, en gran parte por ignorancia. Todo el funcionalismo subconsciente de la emotividad había pasado casi desapercibido para la psicología y ha constituido una fuente oculta de energía que no siempre causaba resultados constructivos, en virtud de la imposibilidad de encauzarla por falta de disciplina.

El hombre no puede tener control directo sobre los procesos subconscientes, pero puede hacerlos en gran parte conscientes y modificarlos, ó cuando menos, refrenar sus efectos.

Es preciso enseñar que todos nosotros llevamos una segunda naturaleza oculta cuya acción es de un valor inmenso en nuestra vida individual y en nuestras actividades sociales, pues no debe olvidarse que las neurosis constituyen en cierto sentido resoluciones particulares fracasadas de un problema más hondo, más amplio, más complejo, del medio actual en que la sociedad vive y evoluciona.

La moderna organización de las colectividades ha alcanzado un punto muy especial que puede ser llamado punto ó estado de crisis, más allá del cual no puede avanzar sin antes haber resuelto en forma definitiva el mismo problema general que en el caso particular del neurótico se manifiesta como una insuficiencia de conocimiento de sí mismo, un desacuerdo de la propia individualidad y una incapacidad manifiesta de control y encauzamiento constructivo de las energías subconscientes. Si la acción de la subconsciencia predomina en la vida del hombre, éste se acercará más a la vida instintiva, a los impulsos, a la animalidad y a la irresponsabilidad. La sociedad reclama, necesita hombres conscientes de sus actos y capaces de ser responsables de ellos. La esclavitud de los pueblos y las agresiones salvajes, egoístas, de sed de poderío ó de venganza en que la razón se ofusca y los instintos se desencadenan que son la expresión más completa de las guerras modernas, de las grandes irresponsabilidades colectivas, no terminarán hasta que nazca la libertad de las almas. Somos esclavos de nosotros mismos y la empresa primordial debe ser la liberación individual.

Conocerse y controlarse a sí mismo, es la frase que condensa el sentido en que la educación moderna debe encauzarse. Porque en último análisis, ¿qué valor social representa el individuo culto, de gran capacidad intelectual, pero que es un sim

ple juguete de sus pasiones e instintos? Diríamos con justicia que no solo es un valor neutro, un no-valor como el idiota y el imbécil, sino que es un valor negativo, de peligro, de disolución, de destrucción en el seno de la colectividad humana.

Es por tanto necesario que la psicología del subconsciente sea materia de enseñanza y la disciplina de la teleobulia sea objeto de educación, en la juventud escolar principalmente, como base para el ejercicio del control de sí mismo y la conciencia de la responsabilidad personal. A medida que se adquiere este control el hombre se libera de las reacciones instintivas patológicas que constituyen las neurosis. Hay una relación de finida entre el control propio y la acción del subconsciente que puede definirse diciendo que están en razón inversa. La gran diferencia que ha establecido la civilización entre el salvaje y el hombre moderno es que aquel vive, a semejanza del niño, una vida casi instintiva, sin ejercitar el control teleobúlico sobre la energética hipobúlica de la subconsciencia, mientras que el otro es capaz de dominarla en varios de sus aspectos. Es preciso aclarar bien esta idea. Decimos dominarla y no ocultarla. En el primer caso, la acción que trata de dominarse no está escondida, es decir, no se encuentra sumergida en la subconsciencia, sino que se combate a la vista hasta agotar su energía. En el segundo caso el combate se rehuye y la acción queda en la subconsciencia conservando toda su energía.

CONCLUSIONES

El problema de profilaxia de las neurosis tiene un doble aspecto. El externo, que se refiere a las medidas generales que se pueden tomar en relación al medio en que el individuo actúa y que tienen por fin exponerlo lo menos posible a la -

acción de vivencias que crean en él estados de menor resistencia mental y lo exponen a pérdidas más ó menos completas y más ó menos permanentes del equilibrio psíquico. Estas medidas son de escasa importancia porque el hombre casi no tiene acción sobre los fenómenos externos que constituyen la constante amenaza de los predispuestos.

El aspecto interno que se refiere a las medidas forzosamente individuales que se pueden poner en práctica y que tienen por objeto inmunizarlo, por decirlo así, psíquicamente. Estas medidas tienen que ver con dos factores: la predisposición constitucional y la predisposición ocasional ó adquirida. El primero está constituido por la herencia, que lega una constitución psíquica endeble ó tarada; el segundo factor, es decir, la predisposición ocasional, es transitorio y está íntimamente relacionado con el efecto producido por circunstancias externas, pasajeras, que sin ser capaces de ocasionar por sí mismas un trastorno morboso, actúan condicionando estados de menor resistencia mental.

Ambos factores son susceptibles de mejoramiento en algún grado, aunque el primero en mucho menor escala que el segundo. En cambio, éste último puede ser aún totalmente eliminado. El recurso profiláctico más acertado es el ejercicio y desarrollo paulatino del propio control. Para esto es indispensable el conocimiento de sí mismo y la disciplina de la telebulia. El conocimiento de sí mismo lo proporciona principalmente la psicología de los fenómenos subconscientes y la disciplina de la telebulia se adquiere por la educación.

Es pues necesario comenzar la tarea de profilaxia de las neurosis por la enseñanza y la educación, en forma que esté de acuerdo con la edad psíquica de los individuos y principiar esta labor desde la escuela antes de que el hombre ten-

ga que sufrir la acción de vivencias intensas, para extenderla después a todos los centros de difusión cultural y educativa.

Así como se efectúan pruebas para determinar el grado de desarrollo intelectual mediante "tests" adecuados, ejecutar en las escuelas exámenes periódicos de los educandos a partir de una edad psíquica conveniente, para conocer el grado de control que un individuo puede desarrollar sobre sus reacciones emotivas y clasificarlos en dos grandes grupos: los de tendencias ó tipo francamente teleobúlico y los de tendencias a reacciones francamente hipobúlicas ó de tipo hipobúlico. Atender a los de este grupo haciéndolos objeto de una educación especial.

Crear además un departamento psico-técnico que funcionara en forma parecida en todos los establecimientos de reclusión.

Queda así esbozado en forma general un plan de profilaxia cuya ejecución práctica estaría encomendada en cada caso a un cuerpo competente de médicos higienistas y psiquiatras que se encargarían de reglamentar las medidas específicas más pertinentes en relación con todo lo anteriormente expuesto.

FIN.

Bibliografía:

- Carus, Carl Gustav.: Psyche. Nueva edición, Diederich, Jena, 1926.
- Freud, Sigmund: Introducción a la psicoanálisis. Tomos IV y V de las -- Obras Completas.
- " Inhibición, síntoma y angustia. Tomo XI de las Obras Completas.
- " Psicopatología de la vida cotidiana. Tomo I de las O.C.
- V. Hattingberg, Hans: Der nervöse Mensch. Antroposverlag.
- Yung, Carl Gustav: Lo Inconsciente.
- Stekel, Wilhelm: Die Sprache des Traumes.

Otra parte de la bibliografía se cita en el texto.

